

A-Caj.213/4





A-Cap. 213/4

R

140095

EL BACHILLER MENDARIAS

6

LOS TRES HUÉRFANOS,

DRAMA

EN CUATRO ACTOS

EN VERSO,

DE

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

PERSONAS.

ACTORES.

MENDARIAS.	<i>D. Julian Romea.</i>
D. JUAN.	<i>D. Florencio Romea.</i>
DOÑA BEATRIZ.	<i>Doña Maria Córdoba.</i>
D. BELTRAN DE ERIL.	<i>D. Pedro Sobrado.</i>
ELVIRA.	<i>Doña Matilde Diez.</i>
MELITONA.	<i>D.^a Gerónima Llorente.</i>
ALFONSA.	<i>Doña N. N.</i>
<i>Sorianos. Presos. Criados. Soldados.</i>	

La escena es en Soria el año 1388, por San Juan. Los actos primero y segundo pasan en la ciudad, el tercero y cuarto en el alcazar estramuros.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.

Sala de una casa particular: las paredes blancas, el techo de armadura en cuadros con una moldura alrededor, que forma un encasetonado sencillo. Sitiales de nogal y un escritorio: á un lado un altar de San Juan con muchas luces y muy adornado de colgaduras y flores. Óyense en la calle músicas y gritería.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ, *con manto*. DON JUAN.

BEATRIZ. Ya lo ves, por mas que Elvira
quiera hacerse la devota,
ella no pierde una fiesta
de cuantas ofrece Soria.
Vamos á salir tapadas,
y sin embargo, se adorna
con esmero tan prolijo
como si fuese á una boda:
la que se engalana tanto,
no piensa meterse monja.

JUAN. Ella asegura que sí.
Vos pecáis de bondadosa:
vos no haceis nunca valer
el fuero de protectora
ó de madre (pues al cabo
no ha tenido jamás otra),
y lejos de procurar
inclinarla á ser mi esposa,
la ofrecéis un rico dote
si llega á ceñir la toca,

le asalariáis un maestro
de letras, la compráis joyas,
y en todo su voluntad
sirve á la vuestra de norma.

BEATRIZ.

¡Qué pesadumbre recibo
con tus quejas envidiosas,
don Juan! Niño abandonado,
mi marido (que esté en gloria)
te trajo á su casa, y hoy
la manejas como propia.
Tú cuidas de mi caudal,
tú arriendas, vendes y compras
mis tierras: doña Beatriz
de Lara no es la señora
aquí; don Juan es el amo:
á tí la familia toda
por tal obedece, y hasta
el clérigo de corona,
ese maestro de Elvira
que ya tal vez te incomoda,
tú me le trajiste á casa
para enseñar á tu novia.

JUAN.

De Mendarias nada temo:
el bachiller es persona
que se ha criado conmigo,
y hace lo que se me antoja.

BEATRIZ.

Cierto: porque tú lo quieres,
él tan rígido se porta
con Elvira.

JUAN.

Ese interés
vivísimo que en vos notan
á favor de una muchacha
huérfana...

BEATRIZ.

Me desazonas,
don Juan. Lo he dicho mil veces:
hay un secreto, que ignoras,
en ello.

JUAN.

Vos la tratáis
como la mas cariñosa
de las madres.

BEATRIZ.

¡Madre!—Tú
cuando hablas, viertes ponzoña.—

Sí, don Juan; mi corazón
es de madre; así me nombra
Elvira por gratitud;
me consuela, me ilusiona
ese título; mas ¡ay!
Si alguna vez de otra boca
lo hubiese oído... ¡Qué dicha,
qué dicha inefable goza
la que tiene un hijo, digno
de la madre que le adora!
En su atavío empleara
yo la tela mas costosa;
no envolverían su cuerpo
lienzos que no fueran obra
de mi mano; yo arreglara
de su cabello las ondas,
yo le vistiera la aljuba,
yo le ajustara la cota,
yo le tuviera el estribo
cuando la bélica trompa
montar le hiciera á caballo
para ir á lidiar con honra.
Y mis ojos seguirían
su carrera polvorosa;
y de allí volara al templo,
y á la luz de mil antorchas,
ante el ara de la madre
del Dios de misericordias,
ante el ara por mí llena
de ofrendas propiciatorias,
alzárase cada día
mi súplica fervorosa
por el pedazo del alma
que me tenia en zozobra.
¿Qué supone la belleza
de la hija mas hermosa
para lo que vale un hijo
cuando de la guerra torna,
y pide á su madre un beso
en premio de la victoria?
Négóme el cielo este bien;
mas pues en cambio me otorga

el amor de una doncella
confiada á mi custodia,
déjanos en paz querernos
como sabemos nosotras.

JUAN. Ella abusa de ese amor.

BEATRIZ. Órdenes que yo la imponga
¿podrán hacer que te quiera
si tú mismo no lo logras?

JUAN. Cuando se trata de hacer
á una doncella dichosa,
y ella su bien desconoce,
una buena directora
manda, y se hace obedecer.
Yo, si Elvira es religiosa,
de todo seré capaz.

BEATRIZ. Calla por Dios, no nos oigan.

JUAN. Ignoro quién fué mi padre:
el cura de la parroquia
me criaba con el nombre
de don Juan, y esto denota
sangre ilustre; vuestro esposo
me igualó con su persona
en la educación que darme
quiso; por su muerte pronta
y sin hacer testamento,
nada de mi origen consta;
pero creerme hijo suyo
no fuera una paradoja.

BEATRIZ. Con todo, perdí su herencia.
Yo seré tu bienhechora:
dividireis tú y Elvira
mi hacienda.

JUAN. Es harto cuantiosa
porcion la mitad; no obstante...

BEATRIZ. Ya: tú la quisieras toda.

JUAN. La mano de Elvira quiero.
Darámela sin demora
si vos hablais en mi apoyo.

BEATRIZ. Es imposible: perdona.

JUAN. Por el dia de mañana...

BEATRIZ. ¡ Ah!

JUAN. Por la tierna memoria

que en el día de San Juan
á vuestros ojos agolpa
tantas lágrimas.

BEATRIZ.

No mas:
con ese recuerdo postras
mi voluntad á la tuya
siempre. Basta.

JUAN.

(*Aparte.* Se sonroja:
he vencido.) No creais
que os amenazo, señora;
no: yo sé callar; la fama
vuestra, pura, esplendorosa,
brillará siempre, cual esos
ricos balajes (1) que adornan
el relicario que nunca
vuestro seno desaloja.

BEATRIZ.

Basta, digo: yo seré
con Elvira rigurosa;
diré que la niego el dote
ofrecido y se la arroja
de mi lado, si no es tuya.

JUAN.

Con esa advertencia sobra
para que ella reflexione...

BEATRIZ.

Pero si no reflexiona,
¿qué he de hacer?—A Elvira nunca
faltará quien la socorra.—
Consultaré á don Beltran.

JUAN.

La opinion suya ¿qué importa?

BEATRIZ.

Respetá mi gusto. Haz tú
pesquisas indagatorias
sobre tu origen tambien.

JUAN.

¿A qué fin?

BEATRIZ.

Pregunta ociosa.
Porque yo lo quiero así,
y basta que lo disponga.

ESCENA II.

ELVIRA, *con manto*. ALFONSA.—DICHOS.

ELVIRA.

Aquí estoy ya. ¿Qué os parezco,

(1) Una especie de rubies.

madre?
 Un angel.
 Una diosa,
 Un solo Dios hay, don Juan;
 palabras blasfematorias
 repugnan á mis oídos,
 aunque suenen á lisonja.—
 Vamos, madre, que esta noche
 me he de divertir á costa
 de todo el mundo: el señor,
 para que no nos conozcan
 tapadas, que no nos siga.

ESCENA III.

MENDARIAS.—DICHOS.

MENDO. *Dominus vobiscum.*
 JUAN. ;Hola!
 El maestro.
 ELVIRA. ;Ay! ¡ay!
 BEATRIZ. Salud,
 bachiller.
 MENDO. ¿Se va de broma?
 BEATRIZ. Es víspera de San Juan...
 ELVIRA. Hay velada...
 JUAN. Se alborota,
 se canta, baila y chancea...
 ELVIRA. Cosas inocentes todas.
 MENDO. ¿Inocentes? Ya lo creo:
 si se hace la vista gorda...
 Y ;qué peripuesta sale!
 ;Disposiciones famosas
 para echarse encima el sayo
 burdo y quedarse pelona!
 Pero al caso: ¿y la lección...?
 ELVIRA. Una ocupacion forzosa...
 MENDO. Vine á las diez...
 ELVIRA. Sí...
 MENDO. No estábais.
 Vuelvo por la tarde...
 ELVIRA. ;Toma!
 por la tarde...

MENDO.

Volaverunt.

Dije: «Fuerza es que la coja
de noche en su casa.» Vengo,
y ¡escapais tambien ahora!
Pues, no señor, sin dar antes
leccion, no hay escapatoria.

ELVIRA.

¡Madre...!

BEATRIZ.

En eso él es quien manda;
yo no.

MENDO.

Para ser lectora
de provecho, es menester
no hacerse la remolona,
ó tendreis en el convento
que aprenderos de memoria
el rezo, y será imposible
que llegueis á ser priora,
ni aun sacristana.

BEATRIZ.

Al momento
despachas.

MENDO.

Tómale, Alfonsa,
tómale el manto.

ALFONSA.

(*Que está lejos de Elvira.*) ¿Voy?

ELVIRA.

Sí.

MENDO.

Los guantes estan de sobra
tambien.

ELVIRA.

Me los quitaré.

MENDO.

Y cuenta, que hay palmatoria
flamante, en lugar de aquella
que echó al pozo esa fregona.

ELVIRA.

¡Vaya!

ALFONSA.

Como yo la pille...

MENDO.

(*Aparte con Beatriz.*)
Creo que no esteis quejosa
de la dulzura que gasto
con la niña.

BEATRIZ.

Me destroza
el corazon el oiros;
pero si no hay otra forma
de obtener que se disguste
del monjío. ¡Y aun me agovia
don Juan á reconvencciones
de que no le sirvo!

- ELVIRA. (*A Alfonsa.*) Corta
es la detención; no dobles
el manto.
- MENDO. (*Aparte á don Juan.*) ¿Vendrá á la hora
la gente?
- JUAN. Sí.
- MENDO. No saldrá
de su jaula la paloma.
- ELVIRA. (*Registrando un escritorio.*)
¿Dónde puse los papeles?
- MENDO. ¡Discípula cuidadosa!
Ni los ha visto.
- ELVIRA. Sí tal.
(*Aparte. Por lo blanco de las hojas.*)
Ya han parecido.
- MENDO. *Laus tibi,*
Christe. Ocupo mi poltrona.
(*Siéntase en un sitial: Alfonsa coloca un escabel delan-
te de Mendarias, y sobre él se hincan de rodillas. El-
vira para dar lección: santíguanse ambos antes de
empezarla.*)
- Vamos allá.—No direis
que la letra es mala: copia
es hecha por mí de un pliego
del rey, que me proporciona
por gran favor el notario
del concejo.
- ELVIRA. (*Aparte.* ¡Qué enfadosa
tarea!)
- MENDO. Sabeis así
cualquier novedad de monta
que ocurre, al punto. Empecemos
por el trato de Bayona.
- ELVIRA. (*Lee.*) Trato de paz habido entre los mensa-
jeros (1) del rey don Juan el primero de Castilla, é el
duque de Alencastre, hermano del rey de Inglaterra,
firmado en la cibdad de Bayona en este año del nasci-

(1) Elvira lee *mesnaderos* en lugar de *mensajeros*. Mendo cor-
rije.

miento de N. S. de mil é trecientos é ochenta é ocho años.

MENDO. Bien: al primer otrosí.
Ya va un punto.

BEATRIZ. Ese se borra.

ELVIRA. (1) Otrosí, que finada ya la guerra, los dichos rey de Castilla é duque de Alencastre, é la duquesa doña Costanza su muger, fija del rey don Pedro, farán que se faga casamiento por palabras de presente entre el infante don Enrique, fijo primogénito del rey de Castilla, é doña Catalina, fija de los dichos duque é duquesa.

MENDO. Aquí.

ELVIRA. Otrosí, que el dicho rey de Castilla dará é pagará al duque de Alencastre seiscientos mil francos de buen oro é justo peso; é amen desto, cada un año por toda su vida de los dichos duque é duquesa, cuarenta mil francos puestos en la cibdad de Bayona.

JUAN. Ya sabe el inglés
vendernos cara la torta.

ELVIRA. Pero Bayona ¿no está
en Francia?

MENDO. Sí tal.

ELVIRA. ¿Se aloja
ese duque inglés, ó manda
hoy allí?

MENDO. Vaya de historia:
Bayona y Burdeos son
de los ingleses ahora.

JUAN. Seiscientos cuarenta mil
francos se le desembolsan
al duque este año.

MENDO. Seguid.

ELVIRA. E que los dichos duque é duquesa renunciarán é demitirán en el rey don Juan é sus herederos todo el derecho que dijeren que hobieren á los regnos de Castilla.

MENDO. Vamos, estais mentirosa

(1) En este y los demas trozos que lee Elvira, comete una porcion de equivocaciones, que tambien corrije Mendo.

esta noche como nunca.

ELVIRA. Otrosí, de los hijos del rey don Pedro que el rey de Castilla tiene presos, que esto fincará (*Elvira lee finará.*) en la cuerda...

MENDO. ¿Qué cuerda ni qué maroma?
En acuerdo... y porque vos os acordeis... (*Tómale la mano.*)

ELVIRA. Perdon: otra vez lo haré mejor.

MENDO. Estudie, que no es ninguna mocosa.
(*La da palmetas.*)

MENDARIAS y ELVIRA. (*Repitiendo.*) De los hijos del rey don Pedro que el rey de Castilla tiene presos, que esto fincará en acuerdo del rey é del duque.

ESCENA IV.

DON BELTRAN.—DICHOS.

BELTRAN. Guárdeos Dios.

JUAN. ¡Señor alcaide!

BEATRIZ. Don Beltran, su servidora.

BELTRAN. Elvira, altar y leccion cosas son contradictorias.

ELVIRA. Ya, pero...

BELTRAN. (*A Mend.*) ¿Adelanta?

MENDO. Nada.

BELTRAN. La teneis medio llorosa.

MENDO. Si me cuesta el enseñarla mas que á vos regir la tropa que teneis de guarnicion en el alcázar de Soria.

BELTRAN. Don Juan, á buscaros vengo.

JUAN. ¿Quereis que hablemos á solas?

BELTRAN. Quiero antes oir á Elvira.

MENDO. Esta letra es mas redonda.

(*Dale otro papel.*)

A ver.

ELVIRA. (*Lee, y don Beltran la va diciendo las palabras en voz baja.*) «Hase ordenado en las cortes de

Briviesca que para cobrar la cuantía que el rey ha de dar al duque de Alencastre, que se demande un empréstito general al regno.»

MENDO. Don Beltran, silencio.

¡Qué bien se va cuando sopla

algun espíritu santo!

Esta alumna me deshonra.

Dos docenas de palmetas

merece una perezosa

tal.

BELTRAN. Perdonadla.

MENDO. (*A doña Beatriz.*) El señor,

que siempre por ella aboga,

me precisa á conmutar

la sentencia percursoria.—

No salga esta noche Elvira.

BELTRAN. Eso...

ALFONSA. (*Aparte.*) Mal lobo le coma.

ELVIRA. ¿Que no salga?

MENDO. Y bajo llave

esté encerrada en su alcoba.

ELVIRA. ¿Por qué?

BEATRIZ. ¿Por qué?

MENDO. Porque estamos

en la víspera ruidosa

de San Juan, que á las doncellas

el cerebro les trastorna.

ELVIRA. A las que piensen casarse...

MENDO. Y ese altar con tanta rosa

y tanta luz, ¿no se ha puesto

para hacer la ceremonia

sabida de orar al santo,

y quedarse silenciosa

con un pie en agua despues,

atendiendo á ver si nombran

á alguno los que vocean

por la calle hasta la aurora?

BEATRIZ. No hará eso Elvira.

JUAN. Seria

pecar de supersticiosa.

BELTRAN. No es capaz...

ELVIRA. (*Aparte.*) No habia yo

- el nombre de voluntario.
Soria no lo paga.
- JUAN.
BELTRAN. Veo
que ignorais una noticia.
- JUAN.
¿Se deroga la franquicia
de la quema y el saqueo?
- BELTRAN.
Señor, no hay que hacer asombros:
cura el tiempo los reveses.
- JUAN.
¿Qué dejaron los franceses
aquí? Ceniza y escombros.
- BELTRAN.
Pero en diez y ocho años
desde esa calamidad,
bien pudo ya la ciudad
reponerse de sus daños;
y fundada en esta base
va la nueva ley de fisco,
que ha de armar algún pedrisco
mañana, y dudó que pase.
- JUAN.
Si ya la saben algunos,
pondrán el grito en los cielos
desde hoy, y vuestros recelos
no serán inoportunos.
- BELTRAN.
Vamos ahora al encargo
que hace poco recibí
del rey, y aunque me honra, á mi
me repugna sin embargo.
Lo haré; pero al rey despues
diré en frases comedidas
que es mal averigua-vidas
un soldado aragonés;
y si no lo escribí ya,
no fué por falta de gana,
sino porque esta semana
parece que viene acá.
- JUAN.
¿Y qué es lo que va conmigo
en tal averiguacion?
- BELTRAN.
El descubrir quienes son
los padres de vuestro amigo.
- JUAN.
¿Quién?
- BELTRAN.
El Bachiller.
- JUAN.
¿Mendarias?
- BELTRAN.
Con él os habeis criado...

- JUAN. ¿ Son para bien del estado
tales nuevas necesarias?
- BELTRAN. Trajo un caballero inglés
el pliego, y á lo que siento,
en ese descubrimiento
pone el rey gran interés.
- JUAN. ¿ Un inglés?
- BELTRAN. Que ha conocido
á Mendarias en Bayona.
- JUAN. No equivoca la persona.
Mendo en Bayona ha vivido.
- BELTRAN. Es preciso hacer que dé
completa razon de todo,
preguntándole de modo
que hable y no sepa de qué.
Me lo previenen así.
Vos que sois joven capaz,
disimulado y sagaz,
¿ me hareis este encargo?
- JUAN. Sí.
Pero vos cuya prudencia
tal respeto en casa inspira,
y tiene en Beatriz y Elvira
irresistible influencia,
¿ no hareis para que el desden
de Elvira se disminuya,
y pueda llamarla suya
quien muere por ella?
- BELTRAN. Bien.
Pero no es facil mandar
en el ajeno albedrío.
- JUAN. Tampoco el encargo mio
es fácil de ejecutar.
- BELTRAN. Malcasar á una muger
es esponerla á un desastre.
- JUAN. Servir pudo al de Alencastre
el padre del bachiller,
y por secretas razones
quizá les puede importar
al rey y al duque á la par
echar al hijo prisiones.
- BELTRAN. ¡ Oh! si haceis un acertijo,

lo armareis segun os cuadre;
pero en la culpa de un padre,
¿qué tiene que ver el hijo?

JUAN. Padece grave desmedro
vuestra memoria, por Dios.
¿No hay preso, encargado á vos,
un hijo del rey don Pedro?
¿Un don Juan?

BELTRAN. Sí señor, hayle;
y ni de él se me permite
hablar, ni que le visite
sino un médico y un fraile.

JUAN. Niño era, y en reclusion
le puso cruel decreto.

BELTRAN. ¿Es el bachiller sugeto
de tanta suposicion?

JUAN. No será ningun infante;
pero el cura que nos dió
enseñanza, le crió
con el esmero bastante

para poder afirmar
que, enseñándole latin,
no era hijo de un galopin.

BELTRAN. Eso me habeis de aclarar,
y os ofrezco en recompensa
favorecer vuestro amor;
aunque de uno á otro favor
hay una distancia inmensa.

Disimulad la lisura
propia de un guerrero anciano,
que no adula cortesano,
pero tampoco murmura.

Si Elvira os hace penar
porque prefiere el convento,
á tan respetable intento
no se puede replicar;

pues aunque seais un lince,
si á Cristo Judas tasó
en treinta dineros, yo
no diera por vos ni quince;
y la muchacha, al revés,
creo que es tesoro tal,

que está el doncel mas cabal
 con mucho honor á sus pies.
 Mas al fin, si ha de tener
 esposo, y pocos hay buenos,
 el que la merezca menos,
 mas la debe de querer.
 ¿Es con vos feliz? he sido
 casamentero de estrella.
 Que no lo es: os mato, y ella
 se buscará otro marido.
 No hay pues en lo que ofrecí
 peligro que me acobarde.
 A Dios, y en su gracia os guarde
 para guardaros de mí. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON JUAN.

No le he replicado al viejo;
 mas no ha de quedar impune
 su amenaza, como pueda
 yo darle una pesadumbre.
 Esa informacion... En ella
 hay misterio á todas luces;
 y no debe ser misterio
 que en beneficio redunde
 de Mendarias, cuando quieren
 que con maña le pregunte.
 A él y á mí juntos el cura
 don Celebrun Celebrunez
 nos recogió: diré á Mendo
 que necesito me busque
 noticias mias; y como
 las de entrambos se confunden,
 las suyas vendrán con ellas,
 y él las dá, y no lo trasluce.

ESCENA VII.

MENDARIAS.—DON JUAN.

MENDO.

(*Cruzando por el fondo.*)
Cuidado con que el encierro
por toda la noche dure.—
Adios, señora.

JUAN.

(*Llamando á Mendo.*) Chit.

MENDO.

(*Llegándose á don Juan.*) Presa
queda la niña; y no dudes
que con haberle vedado
que haga la oracion y escuche
las voces de los que pasan,
basta para que procure
hacer uno y otro, y logren
su fin tús solicitudes.

JUAN.

Los músicos estan cerca,
y así que yo les anuncie
por mi ventana que es tiempo,
comenzarán.

MENDO.

¡Qué de embustes,
qué de marañas te cuesta
la ambicion que te consume!

JUAN.

Dirás el amor.

MENDO.

El tuyo
es un amor *ad utrumque*:
á Elvira y al dote. Aqui
tienes tu amor en resúmen.

JUAN.

¿Qué entiende un capigorrón
de eso?

MENDO.

Cuenta, no me atufe;
que aun puedo ceñir espada
el dia que me disguste
del manteo.

JUAN.

¿Y la promesa
que á don Celebrun y al duque
de Alencastre hiciste? ¿Así
lo que les juraste cumples?

MENDO.

¡Pobre cura! Era un presbítero
de apostólicas virtudes.



¡Qué de afanes y regaños!
¡qué de varas de acebuche
le tengo de costa yo!

JUAN.

Eras aquí un bulle-bulle
insoportable.

MENDO.

Si acierta
á ser de mayor volúmen
aquel ladrillo de marras,
te dejo en el sitio.

JUAN.

Estuve
dos meses descalabrado.

MENDO.

Desde entonces nos reunen
los lazos de una amistad
que ha de ser indisoluble.
Tienes derecho á mandarme.

JUAN.

No verás que de él abuse.

MENDO.

¿No es abuso el exigir
que atolondre y atribule
á esa pobre niña, ese ángel
de candor y mansedumbre,
para que harta de aguantar,
case contigo? No supe
lo que hacía cuando aquí
de dómine me introduje.

JUAN.

Veo que te has hecho en Francia
muy tierno.

MENDO.

Soy... *homo duplex*,
mezcla de galan y docto:
Mendarias lidia y arguye,
y lo mismo es para él
amo amas que musa musa.

JUAN.

¡Oiga!

MENDO.

Díganlo en Bayona
damiselas y monsiures.

JUAN.

¿Te querian?

MENDO.

Todas: yo
odio las ingratitudes;
correspondia: me hallaba
con un rival; cada lunes
y cada martes habia
pendencia.

JUAN.

¡Buena costumbre!

- De fijo á don Celebrun
le diste mil inquietudes.
MENDO. Cuando yo maté al inglés
que era de la servidumbre
del de Alencastre, por poco
le cantan el *de profundis*
al viejo. El duque tambien
hizo por mí quanto pude
apetecer: me escondió:
si nó, mi garganta cruje.
JUAN. La gracia de Dios entonces...
MENDO. Por ella y la certidumbre
de que ordenándome yo
lograba quedar inmune
de la justicia seglar,
dije: ea, que me tonsuren.
Hago confesion, me imponen
una penitencia dulce,
pero estravagante; mandan
que vaya á Inglaterra y curse;
me gradúo; el pobre cura
de gozo, y de cien octubres,
se muere; torno á Bayona;
al de Alencastre le ocurre
que entre religioso, para
que en su gracia continúe;
rehuso, enfádase, y vuelvo
á nuestros lares comunes.
JUAN. Y nuestra amistad antigua
se renueva.
MENDO. Me seduces
mostrando la cicatriz
que hace en tu sien un respunte,
y de atormentar á Elvira
entro en el villano ajuste.
JUAN. Por darte ocupacion...
MENDO. Me haces
verdugo.
JUAN. Pronto concluyes;
y si quieres emplearte
en cosa que mas te guste...
MENDO. Desde luego.

JUAN.

Pues, á ver
 si mis padres me descubres.
 Tú, Elvira y yo somos huérfanos:
 no hay cosa que mas abunde
 en el día que los hijos
 fruto de amores volubles;
 pero se los reconoce,
 y á nosotros no: me aturde
 esto, y me obliga á pensar
 si es que una sangre nos une.
 ¡Hermanos tú y yo!

MENDO.

JUAN.

A la puerta
 del piadoso Celebrunez
 juntos nos echaron.

MENDO.

Tú
 envuelto en sedas y tules,
 y yo en estopa y sayal;
 tú al cuello con un estuche
 verde y una alhaja, yo
 con unas cuentas azules.
 ¡Vaya una igualdad!

JUAN.

No importa:
 yo estimaré que te ocupes
 en esta investigacion;
 ó muéstrame los apuntes
 que te dió don Celebrun
 sobre los dos.

MENDO.

Es inútil:
 estan en cifra.

JUAN.

Recuerda,
 hombre, nuestras juventudes,
 y no me desaires. Mira
 esta señal.

MENDO.

Me destruyes
 con ese argumento, al cual
 mi resistencia sucumbe.

JUAN.

MENDO.

¿Y por qué es la resistencia?
 Razon hay en que la funde.
 ¿No fuimos espuestos juntos?
 Pues cuantos datos ilustren
 el hecho, revelarán
 tambien quién soy yo; y aburre

mucho á un bachiller en cánones,
 á quien hidalgo presumen,
 salir hijo de un pelgar
 ó de una judía.

JUAN.

Anduve
 con mi súplica imprudente:
 justo es que por tí renuncie
 á saber mi origen.

MENDO.

Eso
 es hacer que se estimule
 mas mi generosidad,
 y nadie escederme juzgue
 en ella.

JUAN.

(*Aparte.*) Cayó en el lazo.

MENDO.

Mañana asi que despunte
 el sol, corro las iglesias,
 y encargo en todas que anuncie
 el predicador que importa
 mucho para un *casus juris*
 saber quién abandonó
 á la piedad transeunte
 dos niños la noche tal;
 que hay prendas de que resulte
 la identidad del sugeto,
 y que si él las restituye,
 por mucho que pida, nada
 habrá que se le rehuse.
 ¿Qué te parece?

JUAN.

Soberbio.

MENDO.

Cito á mi posada, acuden;
 y veremos si en tiniebla
 tal se nos dá una vislumbre.
 Dinero ¿habrá?

JUAN.

(*Aparte.* Beltran debe
 pagar...) Sí. Adios.

MENDO.

El te ayude.

JUAN.

Yo voy á mi cuarto.

MENDO.

Yo

á ver qué galan se luce. (*Vanse.*)



ESCENA VIII.

ALFONSA, y luego ELVIRA.

ALFONSA. Ya los he visto salir:
 el dómine me ha encargado
 con esta puerta cuidado:
 con cuidado voy á abrir.
 El ama se recogió,
 y don Juan se encerrará;
 nadie nos escuchará.
(Abre y llama á Elvira que contesta desde adentro.)
 Chit, salid.

ELVIRA. ¿No hay nadie?

ALFONSA. No.

ELVIRA. ¡Ay! es mucho rigorismo
 este.

(Sale con el cabello tendido y vestida de blanco.)

ALFONSA. ¡Calle! ¡despeinada,
 de blanco! ¡Haceis la velada
 que os prohíben?

ELVIRA. Por lo mismo.

ALFONSA. Bien.

ELVIRA. Se acaba la paciencia.

¡Una noche que deseo
 salir un rato á paseo,
 se me ha de negar licencia!

ALFONSA. Señora, si es un Neron
 el diantre del cleriguillo;—
 y dais en el estribillo
 de no estudiar la leccion.

ELVIRA. Es que á poco que estudiara,
 ya supiera yo leer.

ALFONSA. ¿Y no quereis aprender?

ELVIRA. No por cierto.

ALFONSA. ¡Cosa rara!

No os debe dar escozor
 la férula.

ELVIRA. Te parece
 á ti; pero, amiga, escuece
 mas otra cosa peor.

- ALFONSA. Mi pobre discernimiento
cuál sea no ha conocido.
- ELVIRA. En leyendo de corrido,
me zampan en el convento.
- ALFONSA. Vos queréis con harto afán
ser monja.
- ELVIRA. ¿Qué he de querer?
- ALFONSA. Casaos.
- ELVIRA. No puedo ver
al maldito de don Juan.
Por él he dicho que dejo
el mundo: así tiempo gano:
lo malo es que cada mano
lo paga con el pellejo.
- ALFONSA. ¿Por qué dudáis en decir
á mi ama la verdad?
- ELVIRA. ¿Ir contra su voluntad?
¡Jesus! primero morir.
- ALFONSA. Yo pienso que por el gusto
de doña Beatriz, no fuera
don Juan á quien escogiera
para esposo vuestro.
- ELVIRA. Justo.
Pero él rige el albedrío
de ella como por milagro,
y yo, por deber, consagro
á doña Beatriz el mio.
- ALFONSA. A ser yo vos...
- ELVIRA. ¡Oh! no se hable
de inobediencia formal
á una dama, sin la cual
fuera yo una miserable.
Voy dando largas, resisto
á medias, á ver si encuentro
escape: si no le hay, entro
monja, me caso con Cristo.
- ALFONSA. Pero, vamos, con franqueza:
si casaros no queréis
con don Juan, ¿es que teneis
quebradero de cabeza?
- ELVIRA. Yo creo que pide á voces
un huésped mi corazón.

- ALFONSA. ¿A quién diera habitacion?
Decid.
- ELVIRA. Si no le conoces.
- ALFONSA. ¿Qué no le conozco? ¡Bah!
Esa disculpa no pasa.
Veamos. ¿Quién entra en casa?
¿Es el maestro quizá?
¿Qué!
- ELVIRA. No merece desprecio.
- ALFONSA. No, y aun digo sin rebozo
que me parece buen mozo
cuando no sacude recio.
- ALFONSA. ¿Es don Beltran?
- ELVIRA. Loca estás.
- ALFONSA. Me habeis de decir su nombre
porque os di suelta.
- ELVIRA. Es un hombre
á quien no he visto jamás.
- ALFONSA. Tal querer, se me figura
un poquillo estafalario.
- ELVIRA. No te diré lo contrario;
pero amor todo es locura.
Ni es tampoco una pasion
lo que siento, no lo creas:
combato con mil ideas,
y una vence á la razon.
En fin, de blanco vestida
me ves, y el cabello suelto:
es que á San Juan he resuelto
pedir que de mi decida.
Tráeme agua.
- ALFONSA. Aqui está el lebrillo
de plata.
(Sácala de debajo de la mesa que sirve de altar.)
- ELVIRA. Quitame al pie
izquierdo el chapin.
- ALFONSA. Bien.
- ELVIRA. Vé
y echa ahora aquel péstillo.
- ALFONSA. Sí, por si acaso.
(Mientras Alfonsa cierra, Elvira echa agua de uno de los jarrones del altar en el lebrillo.)

ELVIRA.

El misterio

empieza. ¡Dios de Israel!
¿qué nombre oiré?

ALFONSA.

Si es Manuel....

ELVIRA.

Entonces.... al monasterio.

*(Pone el pie izquierdo desnudo dentro del lebrillo que ha
colocado Alfonsa frente al altar.)*

Profeta precursor, estrella hermosa,
cuya luz anunciándonos venia
la del místico sol que trajo el día
término de la humana esclavitud;

Que viste al Unigénito del Padre
inclinarse la rodilla reverente
cuando tus manos la divina frente
regaron con el agua de salud;

A tí en la noche de hoy en que te place
revelar á la vírgen amorosa
quien ha de ser el que la llame esposa,
á tí los ayes de mi pecho van.

Y el pie me baño en ceremonia pia,
y con túnica blanca el traje imito
del pueblo que buscándote contrito
cercaba la ribera del Jordan.

Tú ves mi corazón desde la silla
que gozas entre mártires triunfante;
indeciso le ves y vacilante:
dispon ahora de mi honesta fe.

La voz de tus oráculos decida
entre el mortal y el vínculo divino:
dime á quien debo amar, y mi destino
con el que tú me nombres uniré.

(Suena dentro música y cantan lo siguiente.)

Maravilla siendo están
de la gente de Teruel
una dama y un galán.
Finos aman ella y él.

Aprender podrán
el cariño fiel
las doncellas, de Isabel,
y los hombres, de don Juan.

ELVIRA.

¡Don Juan!—Don Juan dicen.

ALFONSA.

¡Hemos

hecho negocio! ; Voto á...!
 ELVIRA. Pero ¿qué don Juan será?
 Juanes hay mil.

ALFONSA. Escuchemos.
 (*Cantan dentro.*)

Los amantes de Teruel
 ya es el nombre que les dan.

Pero ¿cuándo se unirán?

Rica es ella, pobre es él.

Con este afán

que es tan cruel

penando estan.

Pero Isabel

quiere á don Juan.

(*Se repite este verso varias veces.*)

ALFONSA. Que ameis á don Juan ordena
 la voz.

ELVIRA. Si un Juan indicara
 que yo sé, no me costara
 obedecer mucha pena.

ESCENA IX.

DON JUAN, *saliendo por la puerta que da á la calle.*—

DICHAS.

JUAN. Elvira...

ELVIRA. ¡Oh Dios!

ALFONSA. (*Aparte.*) ¿Hay huron
 como él?

JUAN. ¿Os he sorprendido?
 No hay por qué: solo he venido
 á sacaros de prision.
 Bajé á la calle, dí vuelta
 por la puerta principal,
 y no he de llevar á mal
 que vos...

ALFONSA. Yo la he dado suelta.

ELVIRA. Os ruego que no digais
 á madre...

JUAN. ¿Cuál os encuentro?

No temais. Vete tú adentro.

ELVIRA. Vete. (*Vase Alfonsa.*)

- JUAN. Hermosísima estais.
Un ser parecis , que dudo
si á la tierra pertenece,
que adoraciones merece....
¡Ah! tendreis el pie desnudo.
¡Eh...!
- ELVIRA.
- JUAN. La prueba. (*Señalando el chapin.*)
- ELVIRA. ¡Qué apurar!
Alzad ese chapin.
- JUAN. Le alzo.
- ELVIRA. Salid mientras me le calzo.
- JUAN. No, que yo os le he de calzar.
- ELVIRA. No.
- JUAN. Sí.
- ELVIRA. No.
- JUAN. La noche que es,
lo dispensa.
- ELVIRA. Lo permito
por San Juan.
- JUAN. No es un delito
el que me postre á esos pies.
(*Pone Elvira el pie sobre el escabel en que se apoyó para dar leccion, y don Juan le calza el chapin. Vuelve á sonar la música dentro, y cantan.*)
- Con este afan
que es tan cruel
penando estan.
¿Será Isabel
bien de don Juan?
- JUAN. ¿Hicísteis ya la oracion?
- ELVIRA. La hice.
- JUAN. Soy afortunado,
pues el nombre que ha sonado...
Es el vuestro.
- ELVIRA.
- JUAN. La cancion...
- ELVIRA. Acaso es vuestra.
- JUAN. Esa es mucha
suspicion.
- ELVIRA. Vos cantar
mandásteis.
- JUAN. ¿Pude acertar
yo si estábais en escucha?

ELVIRA.

A la calle habeis salido...

JUAN.

Por la otra puerta salí.

ELVIRA.

Visteis músicos, y...

JUAN.

Vi

mucha gente haciendo ruido,
 y de paso me acerqué,
 (porque venir me importaba
 á donde mi Elvira estaba)
 y la ocasion pregunté
 de la bulla: unos ingleses
 de caracter algo esquivo
 (que estan aqui con motivo
 de la paz), poco corteses,
 parece que promovieron
 una quimera: llegó
 el alcaide, y los habló,
 y todos se contuvieron;
 y con la amistad que brilla
 cuando no hay quien la trabuque,
 dieron mil vivas al duque
 y al rey don Juan de Castilla...

ELVIRA.

¿Don Juan de qué? No he entendido.

JUAN.

De Castilla.

ELVIRA.

Pues, entero,

ese es el nombre primero
 que hirió esta noche mi oido.

JUAN.

Picais algo en ambiciosa.

¡En el rey habeis pensado!

ELVIRA.

Está el rey muy bien casado,

y Dios le guarde su esposa:

rijan entrambos la grey

que yo gobernar no espero;

mas ¿no hay ningun caballero

que se llame como el rey?

JUAN.

Castilla no es apellido;

no hay tal linage en España.

ELVIRA.

¿Fuera cosa tan estraña

que empezara en mi marido?

JUAN.

Ansiábais antes la toca,

¡y ya de marido hablais!

ELVIRA.

Vos de anunciar acabais

mi suerte por vuestra boca.

Yo con respeto profundo
 rogué á San Juan me dijera
 dónde á Dios servir pudiera,
 si en la celda, si en el mundo;
 y aqui de mi vocacion
 dando por vos testimonio,
 me señala un matrimonio
 que era toda mi ambicion.
 ¿Qué escucho?

JUAN.

ELVIRA.

Una maravilla
 que al cielo no cuesta nada:
 él me tiene destinada
 para un don Juan de Castilla,
 y aquel á quien prefiriera
 mi pecho sin duda alguna,
 aquel (mirad ¡qué fortuna!)
 se llama de esa manera.
 Don Juan de Castilla nombraun
 por via de distintivo
 al triste infante cautivo,
 y yo mi señor.

JUAN.

Me asombran
 ese brio y ese esceso
 de franqueza. ¿Cómo hicísteis,
 Elvira, que conseguísteis
 hablar al infante preso?
 Si aun no le vi.

ELVIRA.

JUAN.

¿Por escrito
 fué...?

ELVIRA.

No sé escribir tampoco,
 ni aun leer.

JUAN.

Me volveis loco.
 ¿Le amais por fe?

ELVIRA.

Cabalito.
 Cada vez que visitábamos
 á don Beltran en el fuerte,
 se disponia de suerte,
 que siempre nos colocábamos
 frente al torreón aquel
 que sirve de calabozo
 al desventurado mozo
 hijo de Pedro el Cruel;

y detras de los barrones
de la espesísima reja,
cuya distancia no deja
ver de un rostro las facciones,
parecia allá lejana
movible sombra indecisa,
que ya lenta, ya de prisa,
cruzaba por la ventana;
y que al pasar, entre el son
de la cadena rodante,
lanzaba un ay penetrante
que partia el corazon.

Y mirando yo á la torre
donde el gemido se oia,
secretamente decia:

"nadie á ese infeliz socorre,
nadie en salvarle se afana;
y en esa carcel angosta
se aja mísera y se agosta
la flor de su edad temprana;
y allí vejez prematura
su sien encanecerá,
y allí olvidado tendrá
solitaria sepultura.

¡Cuánto ese hombre estimaria
el don de la libertad,
ó hallar en su soledad
consuelos y compañía!" —

Parecióme tal empleo
muy digno de ennoblecer
á quien está de su ser
dudosa, cual yo me veo;
y el plan vine á concebir,
que en empeño se convierte,
de obtener que se liberte,
ó con él presa morir.

JUAN.

¿Quisierais encarcelada
sufrir ageno castigo,
pudiendo vivir conmigo
libre, dichosa y honrada?

ELVIRA.

Sois argumentante diestro;
pero ¿dudais en conciencia

- que fuera mas penitencia
vivir una al lado vuestro?
- JUAN. ¿De dónde inferir podeis
que conmigo padezcais?
- ELVIRA. Del modo con que tratais
á quien todo lo debeis.
No sé que causa secreta
os da autoridad tan rara
con madre; mas basta para
que yo no me comprometa.
- JUAN. Si de mi parte se pone,
¿qué direis á su precepto?
- ELVIRA. Don Juan de Castilla, acepto;
don Juan á secas, perdone.
- JUAN. ¿Con tan ingrata osadía
la responderéis?
- ELVIRA. Sí tal,
que una voz hoy celestial
me reveló mi energia;
ademas de ser mal visto
que vos, cual yo vil gusano,
resistais, siendo cristiano,
la voz del primo de Cristo.
Yo á su oráculo me entrego,
pues fuera error bien notorio
tener con vos purgatorio,
y hallar el infierno luego.
- JUAN. No agravieis la fe sencilla
que humilde os vengo á ofrecer.
- ELVIRA. Pero si he de ser muger
de ese don Juan de Castilla.
- JUAN. El rey con motivo grave
quiere que no tenga medro
la sangre del rey don Pedro,
y que en sus hijos acabe;
y si el don Juan pretendiera
casarse, lo estorbaria.
- ELVIRA. ¿Y cómo lo impediria
si yo lograra que huyera?
- JUAN. Poner al reino en discordia
merece penas crueles.
- ELVIRA. Dios manda hacer á los fieles

- obras de misericordia.
- JUAN. Vos imposibles tratais ;
desatinando de intento.
- ELVIRA. Por mas imposible cuento
que á ser mi esposo vengais.
- JUAN. Eso es ya claro decir....
- ELVIRA. Que está la noche muy buena
para coger la verbena,
y hareis mal en no salir ;
¡ Me despedís !
- JUAN. Perdonad ;
- ELVIRA. yo soy la que se despide ;
que á vos ninguno os impide
quedaros aqui. (*Toma una luz.*)
- JUAN. Aguardad.
- ELVIRA. Ea, dormid bien.
- JUAN. ¿ Y cómo ?
- ¡ Ah ! Dejad ese capricho
por don Juan.
- ELVIRA. Harto os he dicho.
Dios me le da ; yo le tomo.
- JUAN. Consultad....
- ELVIRA. ¿ Qué tarabilla !
Consultaré con la almohada
si seré buena casada....
- JUAN. ¿ Con.... ?
- ELVIRA. Con don Juan de Castilla.
- FIN DEL ACTO PRIMERO.**

Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

MENDARIAS. DON JUAN.

- MENDO. ;Te luciste, vive Dios!
(*Riendo á carcajadas.*)
- JUAN. ;Bien conmigo te diviertes!
- MENDO. No te olvidas de don Juan
de Castilla fácilmente.
- JUAN. Medidas tengo tomadas
para que el mal se remedie.
Ya verás lo que te dice
doña Beatriz.
- MENDO. ;Hola! ¿Tiene
su misterio la llamada?
Y grande.
- MENDO. Perfectamente.
Aguardo á saberlo.
- JUAN. ;Diste
los pasos correspondientes
para aquel anuncio?
- MENDO. Sí.
Si alguno á buscarme fuere
á casa, enviaránle acá:
una nota clara y breve
en cada iglesia dejé,
que en alta voz á los fieles
repetirá el sacristan
ó el predicador.—Me debes
agenciar algun dinero
para premiar á esas gentes

por el favor que nos hacen.

JUAN. ¿Cuánto será suficiente?

MENDO. Poco: cien maravedís
de cobre, viejos.

JUAN. Tú siempre
tiras de largo.

MENDO. Tú pecas
de corto.

JUAN. Basta con veinte.

MENDO. ¡Qué miseria!

JUAN. Por tu rumbo,
tus padres fueron marqueses.

MENDO. Ya tomara yo que fueran
hidalgos: no me recuerdes

JUAN. la hilaza de mis pañales;
que juro por mi bonete,

MENDO. que no veo zapatero
ni tundidor, sin que tiemble

JUAN. que va á decirme "seo domine,
vuesarced nos pertenece."

MENDO. Igual temor puedo yo
abrigar.

JUAN. Es diferente.

MENDO. ¿Por qué?

JUAN. Llevas don, y en cuanto
haces, revelas quien eres.

MENDO. Yo me dejo dominar
de todos; tú nunca cedes:

JUAN. combinas un plan, y allí
te fijas, y erre que erre;

MENDO. aquello ha de ser, y nada
de tu designio te mueve;

JUAN. ni atenciones, ni respetos,
ni sentimientos: de reyes

MENDO. tu sangre debe de ser,
pues son los que únicamente

JUAN. logran que lo que desean,
se haga, cueste lo que cueste.

MENDO. No es muy régio el reparar
en el dinero; pero ese

JUAN. será influjo de la madre.
Me voy: doña Beatriz viene. *(Vase.)*

ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ.—MENDARIAS.

- BEATRIZ. Os he mandado llamar
para un asunto no leve.
- MENDO. Mayor placer para mí
como á serviros acierte.
- BEATRIZ. ¿Sabeis que quiere don Juan
á Elvira?
- MENDO. Y que ella prefiere
á otro don Juan.
- BEATRIZ. Un delirio
es; pero ¿cómo se vence
la resistencia?
- MENDO. ¿Es Elvira
á la voz vuestra rebelde?
- BEATRIZ. Si no me atrevo á mandarla
que á don Juan la mano entregue;
si temo hacerla infeliz.
- MENDO. Mandad á don Juan que deje
la pretension.
- BEATRIZ. ¡Ay maestro!
- MENDO. Señora....
- BEATRIZ. ¡Ojalá pudiese!
- MENDO. Siendo vuestra voluntad....
- BEATRIZ. Su voluntad es mas fuerte
que la mia.
- MENDO. (*Aparte.* ¡Aqui hay misterio!)
Don Juan es un mequetrefe
como yo, un hijo de nadie,
y no le toca dar leyes
á....
- BEATRIZ. No prosigais.
- MENDO. Decidle
que vos sois quien le mantiene;
que deje á la niña en paz,
ó desocupe este albergue.
- BEATRIZ. Es que él exige que á Elvira
diga eso yo cabalmente.
- MENDO. ¿Lo exige? ¿puede exigirlo?



(*Aparte.* ¿Será esta su madre?)

BEATRIZ.

Puede,

aunque no debiera.

MENDO.

Entonces

¿qué sé yo qué os aconseje?

De cualquier modo, bondad
sobrada es la que concede
tal poder á un.... un intruso,
como don Juan.

BEATRIZ.

El posee
mi confianza.... y secretos....
ha manejado papeles
importantes.

MENDO.

Sí, los hay
que uno los fia, y lo siente
luego.

BEATRIZ.

Hay hallazgos casuales..

A él debo que se conserve
íntegro hasta hoy el mas
precioso de cuantos bienes
gozaba antes de casarme.

MENDO.

(*Aparte.* Hijo suyo es.)

BEATRIZ.

Me parece

mejor lo que vais á oír.

MENDO.

Decid, que estoy impaciente.

BEATRIZ.

Yo quiero á Elvira en el alma,
y me reconozco débil
para darle pesadumbre
con rigores aparentes,
con una amenaza en vano,
si los ojos la desmienten.

Vos, Mendo, sois la persona
sola á quien Elvira teme:

¿quereis ver si conseguís
que su capricho deseche
por ese infante invisible,
y admita á quien la pretende?

MENDO.

¿Qué medios he de emplear?

BEATRIZ.

Emplead lo que quisiéreis.

Os permito la amenaza
de mi abandono.

MENDO.

De suerte

- que... ¿vos me dais firma en blanco?
- BEATRIZ. Sí, Mendo.—Pero se entiende que no la habeis de aflijir demasiado.
- MENDO. ¡Qué excelente caracter!
- BEATRIZ. Idos con tiento, porque sois un poco agreste.
- MENDO. Señora, no habeis llegado todavía á confocerme.
- BEATRIZ. ¡Oh! sí tal; y mas os digo: vuestras facciones prometen mas dulzura que teneis. Cuando yo os ví... francamente... la cara, la voz, el ser expósito... ¡Me conmueve tanto un huérfano!...
- MENDO. ¡Ah señora! Llanto vuestros ojos vierten; llanto vertísteis tambien cuando os vi primeramente: si algun secreto dolor suele agitaros al verme, y es de aquellos que se alivian cuando hay quien los compadece, sépalo yo, y con mis lágrimas vuestra amargura se temple.
- BEATRIZ. ¿Sabeis, Mendo, que ese tono, esas razones corteses y sentidas, os estan muy bien?
- MENDO. ¡Pues qué! por haberme echado á cuestás el hábito de San Pedro (y ciertamente no por mi gusto), ¿creeis que tengo el pecho de nieve? El dómine y el amigo son cosas muy diferentes.
- BEATRIZ. Lo empiezo á ver.—¿Y sois clérigo no muy voluntariamente?
- MENDO. Si recibí la tonsura, fué...

- BEATRIZ. Por qué?
- MENDO. Por una muerte...
- BEATRIZ. ¿Que hicisteis?
- MENDO. Sí.
- BEATRIZ. Y era el muerto...
- MENDO. Rival mio.
- BEATRIZ. ¡Matasiete
vos y enamorado!
- MENDO. Un joven
sin padres que le sujeten,
¿qué ha de ser?
- BEATRIZ. ¿Fué desafío?
- MENDO. No los evita un valiente...
ó un presumido.—Conozco,
señora, que no conviene
á mis años el honor
de ser vuestro confidente;
pero mirad en mí un hijo...
- BEATRIZ. ¡Hijo!
- MENDO. Que á su madre ofrece
su voluntad, sus deseos;
que servir de algo pretende
á la que tiene que amar,
si ha de cumplir sus deberes.
- BEATRIZ. Perdonad, amigo. ¡Y yo
que os creia indiferente,
y hasta incapaz de ternura!
- MENDO. Si á vuestro lado se aprende.
No he sido muy cariñoso
yo tampoco anteriormente;
pero vos amansareis
á la fiera mas silvestre
con vuestro acento no mas.
- BEATRIZ. ¡Ojalá que poseyese
tal secreto!
- MENDO. En fin, yo sé
guardar los de toda especie.
Quien ha de ser sacerdote,
ya veis... Tengo yo igualmente
mi secretito tambien.
- (Sale Elvira y quédase escuchando.)

ESCENA III.

ELVIRA. — DICHOS.

- BEATRIZ. Decidlo, si pertenece
á vuestro origen, decidmelo.
- MENDO. No; si es esto: al concederme
las órdenes, me impusieron
la penitencia siguiente. —
Dia de la Trinidad
maté al inglés...
- ELVIRA. (*Aparte.*) ¿Esas tiene
mi dómine?
- MENDO. Y por cinco años,
siempre que decir oyese:
«¡válgame la Trinidad!»
al momento he de ponerme
de rodillas, y besarle
la mano al que lo dijere.
Por cierto que se ha compuesto
de manera, que el presente
mes fina el plazo, y aun
ni una vez arrodilléme.
- BEATRIZ. Secreto de mas cuantia
esperé.
- ELVIRA. Madre... (*Acercándose á los dos.*)
- BEATRIZ. ¿Qué quieres?
- ELVIRA. Ha venido don Beltran.
- BEATRIZ. Voy corriendo allá. Detente
aqui tú.
- ELVIRA. Bien.
- BEATRIZ. Y oye al dómine
á quien dejo mis poderes. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MENDARIAS. ELVIRA.

- ELVIRA. Antes que empiece á reñir
hoy el señor bachiller,
sepa que sabré leer

- MAYO pronto, y quizá escribir.
 Yo lo celebro, y confío
 que cumplireis la promesa.
 ¿Tirais á ser abadesa?
- ELVIRA. ¿Qué! ya se acabó el monjío.
 MENDO. ¿Quereis boda?
- ELVIRA. Es claro y obvio.
 MENDO. Entonces se me figura
 que está de mas la escritura.
 ELVIRA. Si ocurre escribir al novio...
 MENDO. En casa vais á tenerle,
 y siempre mal pareciera.
 ELVIRA. No está en casa, que está fuera,
 y donde no es fácil verle.
 MENDO. ¿No es don Juan?
- ELVIRA. ¿Tengo yo trazas
 de amar á un don Juan casero?
 MENDO. Madre quiere...
 ELVIRA. Yo no quiero.
 MENDO. Y él espera...
 ELVIRA. Calabazas.
 MENDO. Dareis un pesar agudo
 á madre, que le apadrina.
 ELVIRA. Tambien ella está que trina
 con ese hombre testarudo.
 ¿Por qué mi valor no iguala,
 y su imperio recobrando,
 no quita á don Juan el mando,
 y le envia noramala?
- MENDO. Ya quiere hacer vida nueva,
 ya su dominio recobra;
 mas hace al ponerlo en obra,
 en vos la primera prueba.
 Ved que para convenceros
 de hablar por ella me encargo;
 ved, si se enoja, el amargo
 conflicto en que habeis de veros.
 Con toda formalidad
 os ruego que el sí otorgueis:
 de lo contrario, os perdeis.
- ELVIRA. ¿Válgame la Trinidad!
 MENDO. ¡La Trinidad! *(Cae de golpe de rodillas.)*

ELVIRA. ¿Qué os ha dado?

¿Qué es esto?

MENDO. Cumplir así

la pena que mereci
tiempo hace por un pecado.

Dejad que os bese la diestra
humillado á vuestras plantas.

ELVIRA. Eh, vaya esta vez por tantas
como he besado la vuestra.

MENDO. Prosigo, pues. (*Levantándose.*)

ELVIRA. Dispensad.

Yo, sin hacerme favor,

¿no merezco algo mejor
que don Juan?

MENDO. En realidad...

ELVIRA. Si doña Beatriz se enoja,

si de su auxilio me priva,

¿no habrá un alma compasiva
que en su casa me recoja?

Yo sé servir á una dama,

yo entiendo hilado y costura...

Vamos, si fuérais ya cura,

¿no me quisiérais por ama?

MENDO. Tal vez no.—Si no os casais,

haceis á madre perjuicio.

ELVIRA. Ese es un puro artificio,

que para asustarme usais.

MENDO. Hay un secreto espantoso...

(*Aparte.* Finjamos: la aturdiré.)

ELVIRA. ¿Cuál?

MENDO. No puedo...

ELVIRA. Guardaré

mi mano para otro esposo.

MENDO. No lo será el que os agrada;

pensarlo es un desacierto.

ELVIRA. Si del uno me liberto,

ya me doy por bien librada.

Pero es muy rara manía

que por don Juan abogueis,

cuando oponeros debeis

mas bien á su tiranía.

Vos sois joven, y jurara

- que habeis loqueado en grande:
¿no encontráis nada que ablande
vuestro rigor en mi cara?
- MENDO.
¡Vive Dios! ¡Qué liviandad!
¿Así olvidáis mis lecciones?
¿así las obligaciones?...
ELVIRA.
¡Válgame la Trinidad!
- MENDO.
Permitid. (*Arrodillado.*)
- ELVIRA.
Hay que ajustarse
antes; pronto se despacha:
el besar á una muchacha
la diestra, debe pagarse;
y un pecador que se humilla,
disculpa ajenos errores.
- MENDO.
Decid.
- ELVIRA.
Servid mis amores
con don Juan, el de Castilla.
- MENDO.
De seducirme hacéis gala
vos.
- ELVIRA.
Y no vale mentir;
mas dejaos seducir,
que esta seducción no es mala.
- MENDO.
¿Vos quereis que yo prometa...?
- ELVIRA.
¿Resistireis por ventura
á la mano en que tan dura
descargábais la palmeta?
- MENDO.
Por Dios...
- ELVIRA.
(*Aparte.* Veamos si priva
mas bien con él el ultraje.)
Basta: de vuestro linaje
dais prueba en la negativa.
- MENDO.
(*Alzándose de pronto sin besar la mano á*
Elvira.)
- ELVIRA.
¿Cómo?
No es de caballeros
á una dama desairar;
mas yo no debí rogar,
porque debí conoceros.
- MENDO.
Supe ya tales hablillas
mil veces desatender;
mas vos lograis encender
el color de mis mejillas;

y aunque pudiera excusarme
con que mi suerte no ordeno,
pues me tuvisteis por bueno,
como tal he de portarme.

ELVIRA.

Con que...

MENDO.

Cesan mis reparos.

Ya soy vuestro.

ELVIRA.

Sois la prez
de España. Vaya, esta vez,
tomad sin arrodillaros.

Es la mano de una amiga. (*Dádosela.*)

(*Aparte.*) Sé que tiene vanidad..

MENDO.

(*Aparte.*) ¡Qué hermosa!) Determinad

lo que quereis que consiga;

bien que parece un absurdo
amar sin saber á quién.

ELVIRA.

¿Y es absurdo mi desden
á don Juan?

MENDO.

Menos me aturdo
de eso: él y todos los Juanes
habidos y por haber
no merecen poseer
á Elvira.

ELVIRA.

Para mis planes
lo primero es apartar
de mí á ese don Juan tan ávido.
¿Le tenéis por hombre impávido,
no facil de amedrentar?

MENDO.

Ni es cordero, ni es leon;
y séalo ó no, se ensaya...

ELVIRA.

Lograré tenerle á raya
si me auxilia un campeón.
Don Juan oprime á Beatriz.
Represalia: amenazadle
en nombre mio, y dejadle
con un palmo de nariz.

MENDO.

Será darle celos.

ELVIRA.

Hasta
darle celos se os consiente.

MENDO.

Mas dados por un suplente,
son celos de mala casta.

ELVIRA.

(*Aparte.*) ¿Valdrá lo que el bachiller



MENDO.

el infante que he pensado
que me está predestinado?)

ELVIRA.

¿Cómo os he de defender?

MENDO.

Como... alumna.

¡Elvira!

(Tomándole una mano.)

ELVIRA.

Quedo,

que diré: como una hermana.

MENDO.

¡Ah! ved... (Con énfasis.)

ELVIRA.

Veo una sotana.

MENDO.

¡Oh! ved el alma que hospedo

bajo la fria apariencia

que labraron por mitad

la idea de mi horfandad

y una estraña penitencia.

No es para mí el soberano

empleo del sacerdocio,

no: mi ventura negocio

por un camino mas llano.

Desechad el devaneo

de esa imposible conquista;

que amor pide trato y vista

y recíproco deseo.

Infantes quieren infantas;

elegid con igualdad:

en vez de que os honre, honrad

al que suspire á esas plantas.

Hombre á quien van á brindarle

con un amor *gratis dato*,

como le halla de barato,

no piensa nunca en pagarle.

Si decís á mis demandas,

que una notabilidad

quereis, harta novedad

es un galan hopalandas,

cual yo, que entré por enganche

(Dios me perdone) en el clero,

y por vos torno al sendero

de vida de mas ensanche.

Fué ardiente mi juventud;

vuestros labios lo acertaron:

siempre mi pecho inflamaron



la belleza y la virtud: se me
 ; mirad si esfuerzo penoso
 me habrá costado el fingir
 dureza, y hacer gemir
 á un serafin tan hermoso!
 Fúlgido sol de beldad,
 si ríjido me mostré
 contigo, sábelo, fué...

ELVIRA.

; Válgame la Trinidad!

MENDO.

; Ah! oid. (*Se arrodilla.*)

ELVIRA.

(*Aparte.*) ; La salida es chusca!

MENDO.

Oidme, y todo se esplica.

ESCENA V.

MELITONA.—DICHOS.

MELITONA.

Guárdela Dios, Elvirica.

ELVIRA.

Tia Melitona, ¿qué busca?

MELITONA.

Busco al dómine.

ELVIRA.

Escuchad.

(*Habla aparte con ella.*)

MENDO.

(*Aparte.*) Para que mi orgullo dome;
 ; buena leccion!

MELITONA.

(*Llegándose á Mendo.*) Alce, tome.
 ; Válgame la Trinidad!

(*Mendo besa la mano á Melitona y se levanta.*)

ELVIRA.

(*Aparte.*) ; Qué risa!

MENDO.

(*Aparte.*) ; Y aun lo celebra!

ELVIRA.

(*Aparte.*) ; Asi fuera tan gallardo
 como este el preso bastardo!

A Dios. Y en paz. (*Ap.*) ; Bien requiebra!

ESCENA VI.

MENDARIAS. MELITONA.

MENDO.

; Quién es ella? ; qué me quiere?

MELITONA.

Repárame y lo verás.

; No dice el traje que soy
 plañidera titular?

- MENDO. Aquí no se ha muerto nadie.
- MELITONA. Peralvillo el sacristan me dirije á ti, hijo mio, porque parece que estás encargado de informarte sobre ese particular de unos niños...
- MENDO. ; Ah ! sí.
- MELITONA. Estuve en tu posada, y acá me encaminaron.
- MENDO. Y bien :
- MELITONA. ¿ qué me podeis revelar ?
- MELITONA. Lo que sé de mi compadre Aniceto Barragan.
- MENDO. ¿ Quién es ese ?
- MELITONA. Un sevillano.
- MENDO. ¿ Noble ?
- MELITONA. Maton : ; una sal, un garbo tenia!
- MENDO. (*Aparte.* ; Ay Dios!
- MELITONA. ¿ tendré consanguinidad con él?) ¿ Dónde para ese hombre ?
- MELITONA. ; Ay! paró en el hospital, de resultas de un paseo que hizo por esta ciudad, con chilladores delante y envaramiento detras.
- MENDO. ¿ Se hizo el amigo de pencas ?
- MELITONA. No lo pudo remediar.
- MENDO. ¿ Murió la prez de Sevilla !
- MELITONA. ¿ Murió ?
- MELITONA. Sin publicidad, sin ser visto de ninguno.
- MENDO. ¿ Quién lo creyera jamás ?
- MENDO. En alto acabar debiera ; bien que espiró en un desvan.
- MENDO. Ya es algo. (*Aparte.* Me burlo, y casi por él debiera rezar.)
- MELITONA. ¿ Qué tenia con los huérfanos que entender ese jayan ?
- MELITONA. El los trajo de Sevilla.

- MENDO. ¿Somos andaluces Juan y yo?
- MELITONA. ¿Eres aquel Mendillo, aquel travieso rapaz que se llevó á Francia el cura? ¡Huy! Estás hecho un dean. Pues sí, Aniceto os guardó hasta que os hubo de echar á la puerta de la casa del cura.
- MENDO. ¿Teneis señal alguna?
- MELITONA. El dia que fué sacado á despolillar Aniceto, por si acaso le sentaba el aire mal, me mandó llamar, y dióme unas prendas á guardar.
- MENDO. ¿Hay papel ó pergamino con ellas?
- MELITONA. Sí que los hay.
- MENDO. Vaya, pues dádmelos.
- MELITONA. ¿Cómo?
- MENDÓ. Que los deis.
- MELITONA. Y tú ¿qué das?
- MENDO. Señora, haced vos la entrega, y luego se os premiará.
- MELITONA. Dá tú la paga, y despues daré yo mi propiedad.
- MENDO. ¿Con que antes?
- MELITONA. Antes.
- MENDO. ¡Oh! no; antes no.
- MELITONA. Pues á la par. Toma y daca: ya rebajo.
- MENDO. (*Aparte.* Ello para mí es igual: de mi bolsillo no sale.) Fijemos la cantidad.
- MELITONA. Hijo, en mi oficio hay apenas un ardite que ganar. De siglo á siglo se muere un sugeto principal;

para Santiago de Julio
cumpló medio centenar ;
y de dia en dia voy
perdiendo la habilidad
para quedar sin esfuerzo
airosa en un funeral.

Yo que antes, cuando queria ,
lloraba á cántaros, ya,
sin la cebolla, no puedo
una lágrima arrojar.

Si doy alaridos, cojo
una ronquera tenaz,
y si hago que me repelo,
me hago daño de verdad.

Por eso, hijo, en este lance
no te debes espantar
si aprovecho la ocasion.

MENDO. Pues decid: ¿acaso hará
mi dinero que lloréis
con mayor facilidad?

MELITONA. No; pero tendré con él
menos veces que llorar.

MENDO. ¿Cuánto, para llorar menos,
es lo que necesitáis?

MELITONA. Mil maravedís de cobre.

MENDO. ¿Mil?

MELITONA. Mil... y pico.

MENDO. ¿Y serán
viejos ó nuevos?

MELITONA: (*Aparte.* Subamos.)

Viejos.

MENDO. Se os dará el millar.

MELITONA. (*Aparte.* Poco he pedido, pues no
me pone dificultad.)

Los mil se entiende que son
por los pliegos nada mas.

Las joyas no entran en cuenta.

MENDO. Las joyas ¿qué costarán?

MELITONA. Hay un relicario...

MENDO. ¿De oro?

MELITONA. No.

MENDO. ¿De plata?

- MELITONA. De metal;
pero menos de doscientos
maravedís, no saldrá
de mi poder; que aunque liso,
quizá vale un dineral.
Pues ¡y las cuentas azules!
- MENDO. No tengo curiosidad
de verlas. (*Aparte.*) Son de las mias.
- MELITONA. Es que...
- MENDO. Nada: os quedarán
de beneficio. Y bien, ¿cuándo
me entregáis lo demás?
- MELITONA. Cuando puedas entregarme
los dos mil.
- MENDO. Disimulad:
son mil y doscientos.
- MELITONA. ¿Eso
son?
- MENDO. Sí.
- MELITONA. Yo no sé contar:
doscientos y mil, creí
que eran dos mil.
- MENDO. Pues errais.
- MELITONA. Pues para no errarlo, cuenta
con dos mil, y acertarás.
- MENDO. Venid esta tarde.
- MELITONA. Vengo,
traigo, tomo, doy, y en paz:
por dos mil maravedís,
heredas á Barragan.
¡Ay pobre Aniceto! ¡ay! ¡cómo
tenia aquel espaldar!
¡Ay pobre compadre mio!
¡ay pobre andaluz! ¡ay! ¡ay!
¡Eh, tia, eh!
- MENDO.
- MELITONA. Creí que estaba
viendo llevarle á enterrar. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON BELTRAN.—MENDARIAS.

- BELTRAN. Maestro, esperando estuve
que esa vieja carcamal
se fuera.
- MENDO. Señor alcaide,
¿qué me teneis que mandar?
- BELTRAN. (*Aparte.* El rey y el inglés lo exigen...
; Buena es mi sagacidad
para ello!) ¿Hay trazas en Soria
que os hagan creer que habrá
bulla?
- MENDO. Lo que es por ahora,
reina la tranquilidad.
- BELTRAN. Me alegro. Don Juan me ha dicho...
- MENDO. ¿Qué cosa?
- BELTRAN. Que ¿cómo andais
de descubrimientos?
- MENDO. Bien.
- BELTRAN. El velo se va á rasgar
esta tarde.
- MENDO. ¿Oiga! ¿tan pronto
sabreis con seguridad
quién os dió el sér... á los dos?
- BELTRAN. Sí.
- MENDO. Quisiera presenciar
el acto.
- BELTRAN. ¿Por que nó?
- MENDO. Pues
hoy por la festividad
tengo convidada á Elvira:
si me quisiérais honrar...
- BELTRAN. ¿En el castillo?
- MENDO. Es mi casa.
- BELTRAN. La llorona tráera
aquí los pliegos.
- MENDO. Que vaya
al alcázar: avisad...
- BELTRAN. Sé donde vive.

MENDO.

Corriente.

Iré.—¡Qué miedo cervical
tengo de que..!

BELTRAN.

¿Miedo? El hombre
se debe de preparar
á todo.

MENDO.

Ya; mas la negra
honrilla, la vanidad...
Si se encuentra uno con sangre
de Mahoma ó de Caifás...

Entrañas de tigre tiene
todo padre que es capaz
de abandonar á sus hijos
con tal inhumanidad.

BELTRAN.

¡Entrañas de tigre! Vaya,
que eso es mucho ponderar.
Puede un hombre á veces...

MENDO.

Nunca
puede hacer una ruindad.

BELTRAN.

¿Ruindad llamas...?

MENDO.

Condernada
por la fe, por la moral.

BELTRAN.

Hombre...

MENDO.

(*Aparte.* Don Beltran se turba:

¿será el padre de don Juan?)

¡Negar su nombre, su amor,
su cuidado paternal
á una infeliz criatura,
que tal vez perecerá
de miseria!

BELTRAN.

Se la puede
asistir sin declarar
el nombre.

MENDO.

¿Y quién el cariño
de los padres suplirá?

De los vicios que contraiga
por efecto regular
de esa educacion un hijo,
cuenta al padre pedirá
la justicia del Señor
en su recto tribunal.

BELTRAN.

¿Y si el hijo no es vicioso?

- MENDO. Cualquiera infelicidad que sufra, todas las lágrimas que vierta, recaerán sobre el padre despiadado...
- BELTRAN. Bachiller de Barrabás, puede no ser infeliz: ¿no estais viendo un ejemplar en la casa? Juan y Elvira ¿qué echan menos?
- MENDO. ¿Ignorais tal vez que doña Beatriz va de su lado á lanzar á Elvira...?
- BELTRAN. ¡Qué oigo!
- MENDO. ¿Y que el otro sufriera el propio desman, si doña Beatriz tuviese un poco de aliento mas?
- BELTRAN. ¡Justo Dios! ¡Y me decia que los iba á desposar!
- MENDO. Contra su gusto.
- BELTRAN. ¿Por qué?
- MENDO. Pues ¿quién la precisará á dar su consentimiento?
- BELTRAN. La ingrata importunidad de don Juan, la fuerza. Elvira le odia.
- MENDO. ¿Qué es eso de odiar?
- BELTRAN. ¿Quién es ella para odiarle sin un mandato especial?
- MENDO. (*Aparte.* Le defiende: es su hijo.) Yo os voy á desengañar. Elvira tiene otro amor.
- BELTRAN. ¡Qué superficialidad!— ¿Quién es?
- MENDO. Don Juan de Castilla.
- BELTRAN. ¡Jesucristo! ¿aquel bausan? Mejor iria con un pobre de solemnidad. ¡Y á mí se me calla todo! Es una loca de atar la chica, y doña Beatriz,

que no la corrije, mas.
 Esto no ha de ser. Señora, (*Gritando.*)
 Don Juan, Elvira, llegad.

MENDO. (*Aparte.* ¿Habré hecho alguna torpeza?)
 Oid.

BELTRAN. ; Voto á mi solar,
 Mendo, que ha sido el hablaros
 inspiracion celestial!

ESCENA VIII.

DOÑA BEATRIZ. ELVIRA. DON JUAN.—DICHOS.

BELTRAN. Señora, bastante tiempo
 usé de vuestra bondad;
 demasiado tiempo fui
 esclavo del qué-dirán
 de una familia orgullosa
 y de un pundonor falaz.
 El depósito que os dí,
 os lo vengo á reclamar,
 porque yo desde este dia
 principio á ser su guardian.
 ; Soy padre!

MENDO. (*Aparte.*) Juan es el hijo.

JUAN y ELV. ; Padre de quién?

BELTRAN. (*A doña Beatriz.*) Publicad
 á quién dió el sér Magdalena
 de Falcés, mi angelical
 esposa.

JUAN y ELV. ; Fuisteis casado?

BEATRIZ. Y lo tuvo que ocultar.

BELTRAN. Aun despues de muerto el ídolo
 de mi amor.

ELVIRA. (*A Beatriz.*) Hablad.

JUAN y MENDO. Hablad.

BEATRIZ. Abraza á tu padre, Elvira.

ELVIRA. ; Padre!

BELTRAN. ; Hija mia!


MENDO. (*Aparte.*) ; Fatal
 descubrimiento!

JUAN. (*Aparte.*) Es legitima.

- MENDO. (*Aparte.*) ; Y estaba yo por jurar
que iba á ser masculina esta
recuperacion filial!
- ELVIRA. Vos siempre sereis mi madre.
- BEATRIZ. Siempre me lo llamarás.
- ELVIRA. De alcadesa va á tenerme
vuestro tocayo, don Juan. (*Aparte á él.*)
- BELTRAN. Hoy hallas padre; mañana
tendrás esposo.
- JUAN. Aceptad
mi enhorabuena.
- ELVIRA. (*A Beltran.*) ¿Y quién...?
- BELTRAN. Eso
no lo debe preguntar
una niña bien criada:
el que la den, tomará.
(*Ap. á ella.*) Si don Juan resulta noble,
con don Juan te casarás.)
- JUAN. (*Aparte.*) Él me prometió...
- ELVIRA. ; Ay Mendarias! (*Ap. á él.*)
- MENDO. (*Ap. á ella.*) En Dios y en mí confiad.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.



Sala en el castillo de Soria. Una puerta en el fondo, otra á un lado, y al opuesto ventanas. Mesa y sitaliaes.

ESCENA PRIMERA.

DON BELTRAN. DON JUAN.

- JUAN. Es echar por el atajo.
BELTRAN. Todavía estoy perplejo.
JUAN. ¿No os parece mi consejo...?
BELTRAN. Me parece vil y bajo.
JUÁN. No sé qué tenga de vil
cumplir una orden real.
BELTRAN. ¿Es cosa noble y marcial
convertirme en alguacil?
Presos sabré mantener
aquí los que se me fien;
mas ;que á un alcaide le envíen
mandato para prender!
JUAN. ¿No fué el convidar á Mendo
para ponerle á recado?
BELTRAN. Solo me estaba mandado
(por eso en ira me enciendo)
traerle, para que hablara
el inglés explorador
con él; y mi buen milor
ahora sus instrucciones
me muestra, y su escolentísima
dice cual vos, con poquísima
diferencia de espresiones :

«que venga la Melitona,
que dé el título, y leído,
se le hace á Mendo un cumplido,
y se le encaja en chirona.» —
¿Qué cumplido ni qué arenga
tamaño rigor ablanda?

JUAN. Añadid que el rey lo manda,
y que á él tal vez le convenga.

BELTRAN. ¿A quién? ¿á Mendo? Eso irrita.

JUAN. Él ha sido un perdulario;
y un retiro sedentario
es lo que más necesita.

BELTRAN. Si fuérais vos...

JUAN. ¿Y entendéis
por qué el rey prenderle quiere?

BELTRAN. Mirad, lo que no os dijere,
nunca me lo preguntéis.
A otra cosa menos sería
pasemos; que si no...

JUAN. Hablemos
de Elvira.

BELTRAN. (*Afectando despego y orgullo.*)

Nada tenemos
que tratar en la materia.

(*Aparte.* La muchacha no se libra
del novio que yo á propósito
contemple: á ver si este espósito
es hombre de buena fibra.)

Elvira no disimula
que no puede soportaros;
la promesa de auxiliarnos
que os hice, resulta nula.

JUAN. Como yo la adoro aun...

BELTRAN. No la haceis grande merced.

JUAN. Ya no es mi igual; mas creed
que sale de lo comun
este amor que la es molesto.

BELTRAN. Resignaos.

JUAN. Me resigno;
mas fuera de amarla indigno
si la olvidara tan presto.

BELTRAN. ¿Quereis haceros justicia

completá? Pues confesad
que en vuestro amor, la mitad
á lo menos, es codicia.

Vos viviais hasta ahora
con una niña hechicera,
como vos coheredera
de vuestra fiel protectora,
y dijisteis: «no me prive
la participe presunta
de nada; todo se junta
si ella mi mano recibe.»

Hoy dan mas brillo á sus prendas
caudal nuevo y gerarquía,
y decís: «bueno seria
pillar entrambas haciendas.»

Está muy bien calculado;
pero sirvaos de gobierno
que no quiero para yerno
un huérfano desechado.

JUAN.

No imaginéis que yo tilde
vuestra determinacion:
conozco mi situacion,
y me toca ser humilde.

Quizá hoy descubra en mi abono
qué sangre noble heredé;
pero me consolaré
si nó; que no lo ambiciono.

BELTRAN.

¿Cómo no?

JUAN.

Si mi homenaje
con gusto Elvira aceptara
siendo yo hidalgo, me holgara
de ser hombre de linaje:
esto es poco meritorio
para ella, y en consecuencia
espero sin impaciencia
noticias de mi abolorio;
y oigo sin indignacion
llamarme hijo de desecho,
porque os debo de derecho
respeto y veneracion.

BELTRAN.

Ese respeto es ya mengua:
mas hubiera yo querido

que con el rostro encendido,
trémula de ira la lengua,
me dijéreis: «Don Beltran,
no hay que mirarme con ceño,
porque el grande y el pequeño
todos son hijos de Adan.» —
¡Respeto! ¿Qué hidalgo sufre
lo que yo os digo, con calma?
Vos teneis de nieve el alma,
y la del noble es de azufre.
Sabed que un esperimento
fué esa palabra afrentosa:
Elvira por melindrosa
me tenia descontento;
que no es bien que me despoje
yo, por ser ella una perla,
del poder de establecerla
con aquel que se me antoje.
Dijo con tal arrogancia
que os aborrece, que el modo
me irritó mucho, con todo
que no hace mal en sustancia;
y afirmo por San Gerónimo
que si os me poneis soberbio
aquí, si me hablais con nervio
al nombraros hijo anónimo,
me seducís, se me altera
el caletre, pierdo el tino,
y emparentar determino
con vos, quiera ella ó no quiera.
(*Aparte.*) ¡Ah!

JUAN.

BELTRAN.

Pero os ví tan flemático
en el instante fatídico,
que tuve ya por verídico
lo que antes fué problemático.
Debeis tener sangre hebrea;
yo gasto un humor diabólico,
y no trata un buen católico
con gente de esa ralea.
Cuando la llorona llegue,
yo como real ministro
haré con vos el registro

de las señales que entregue;
os daré luego en dinero
de tal servicio el salario
(porque oleis á mercenario
vestido de caballero);
y si aqui nunca volveis,
si en la calle, al encontrarme,
os pasais sin saludarme,
un grande favor me hareis.

JUAN. Vereis que sin vacilar
os serviré complaciente.
*(Aparte. ¡Vive Dios, viejo insolente,
que me las has de pagar!)* *(Vase.)*

ESCENA II.

ELVIRA.—DON BELTRAN.

ELVIRA. Padre...

BELTRAN. ¿Qué ocurre?

ELVIRA. ¿Son ciertas las sospechas que he formado?

BELTRAN. ¿Estais conmigo enojado?

ELVIRA. Me alegro de que lo adviertas.

BELTRAN. ¿Porque os dije que se fragua en mí cierta propension...?

ELVIRA. Es que tal declaracion merecé encierro á pan y agua.

BELTRAN. Yo me someto al castigo.

ELVIRA. ¡Ah! ¡bueno!

BELTRAN. Pero si erré, fué solo que equivoqué el padre con el amigo.

ELVIRA. Eso muda de apariencia. Salvando la dignidad paterna, ya la amistad... Permite alguna licencia.

BELTRAN. La mayor satisfaccion.

ELVIRA. Lo de la inclinacioncilla á don Juan el de Castilla, fue solo una indicacion hecha al amigo.

BELTRAN. Muy bien.

- ELVIRA. Hubiera dicho á mi padre:
haced de mí lo que os cuadre,
por siempre jamás, amen.
- BELTRAN. Esto es ser honrada y buena.
- ELVIRA. Yo mi obligacion acato.
- BELTRAN. Eres el vivo retrato
de mi pobre Magdalena.
Sigue, con tu voz recreáme.
- ELVIRA. ¿Filial ó amistosamente?
- BELTRAN. Como á tí mas te contente.
- ELVIRA. A lo amigo.
- BELTRAN. Pues tutéame.
- ELVIRA. Si nos oye algun soriano,
dirá que os falto al decoro:
què asi se hablan mora y moro.
- BELTRAN. Tambien hermana y hermano.
- ELVIRA. A ver si cojo el estilo.
- BELTRAN. Beltran...
- BELTRAN. ¿Qué quieres?
- ELVIRA. Pedirte
un favor.
- BELTRAN. ¿Puedo servirte?
- ELVIRA. ¡Oh, sí!
- BELTRAN. Cuenta con él: dílo.
- ELVIRA. Como hago de piedad gala,
de ver al infante trato.
- BELTRAN. Le verás dentro de un rato.
- ELVIRA. ¿En la torre?
- BELTRAN. En esta sala.
- ELVIRA. ¿Sale de allí el prisionero?
- BELTRAN. ¿Quién ese milagro hizo?
- BELTRAN. Es que hay un don Juan postizo
y otro don Juan verdadero.
- ELVIRA. El don Juan original
¿no es el que preso se encuentra?
- BELTRAN. No: quien hoy en carcel entra,
es el infante real.
- ELVIRA. ¿Y hasta hoy en la torre pena
otro lo que no debia?
- BELTRAN. La deja un don Juan vacia,
y el otro don Juan la llena.
- ELVIRA. No entiendo esa trapisonda,

- y toma el diálogo un sesgo...
- BELTRAN.** Oye, pues que nada arriesgo,
la verdad monda y lironda.
Muerto don Pedro en Montiel
á manos de don Enrique,
se fué su poder á pique,
y rindiéronse en tropel
al vencedor en un punto
los pueblos que aun peleaban,
menos Córdoba en que estaban
los hijos del rey difunto.
Quitóse al fin el padrastro,
y cuando en Córdoba entró
el rey, un niño encontró
que dijeron de la Castro.
- ELVIRA.** Pues yo estaba en la creencia,
segun es pública fama,
de que á don Pedro esa dama
no le dejó descendencia.
- BELTRAN.** En la misma persuasion
estaba el rey; mas se hallaron
indicios que demostraron
que le quedó sucesion
de otra dama sevillana,
que supo ocultarse honesta;
y por si era el hijo de esta
el que por de doña Juana
de Castro pasar se hacia,
quedó en la duda acordado,
conforme á razon de estado,
ponerle en carcelería:
libre pudiera intentar
hacer su nombre valer
un dia; y el precaver
escusa de remediar.
Dieron á Beltran Claquin
el niño de union bastarda
para velar en su guarda,
y aquí el frances paladin
le trajo cuando de Soria
vino á tomar posesion
en virtud de donacion

- ELVIRA. del rey de ilustre memoria.
Y la ciudad al frances
no quiso feudo prestar...
- BELTRAN. Y él la mandó saquear...
- ELVIRA. Y quemarla luego.
- BELTRAN. Pues;
y por esa rebeldía
de Soria, el aventurero
la vendió al rey por dinero,
y se me dió la alcaidía.
- ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Oh! ¡qué pormenores tan...!
- BELTRAN. Y yo en esta fortaleza
respondo con mi cabeza
desde entonces, de don Juan.
Solo le vé un sacerdote
casi, y al cabo se ha hecho...
- ELVIRA. Un galan de honra y provecho.
- BELTRAN. Un tonto de capirote.
- ELVIRA. ¿Cierto?
- BELTRAN. El que te figurabas
un mozo brillante, eximio,
tiene una cara de jimio...
- ELVIRA. ¡Ay Dios!
- BELTRAN. No vale dos habas.
- ELVIRA. ¿Es por ventura visajo?
- BELTRAN. Cabal. Y ha estado perlático.
- ELVIRA. ¿No tiene una tos de asmático
tambien?
- BELTRAN. Y es bastante cojo.
- ELVIRA. ¿Le viste ya?
- BELTRAN. Sí.
¡Prohibídolo
tengo, y te le dejan ver!
- ELVIRA. Yo no queria creer
que fuera él.
- BELTRAN. Pues es tu ídolo.
(*Aparte.* Yo dí la orden...) ¿Te entusiasma
ese Adonis todavia?
- ELVIRA. La obra de mi fantasía
se trueca...
- BELTRAN. En una fantasma.
Como que del cautiverio

- sale el pobrecillo tal,
que de aquí irá al hospital,
y desde allí al cementerio.
- ELVIRA. El don Juan de alto coturno
será cosa muy distinta.
(*Aparte.*) Si no tiene mejor pinta,
el pronóstico nocturno
queda sin ejecucion.
- BELTRAN. (*Aparte.*) Confundida ya la noto.
- ELVIRA. Atemos el hilo roto,
Beltran, á la relacion.
- BELTRAN. De un hombre de poco lastre
no has de ser tú.
- ELVIRA. Cuando gustes...
- BELTRAN. A efecto de los ajustes
hechos con el de Alencastre,
dicen que ahora resulta
por un examen prolijo
quién es de don Pedro el hijo
y de aquella dama oculta.
La hermanastra del bastardo
que hoy de Alencastre es duquesa,
dió al rey la noticia; y esa
es la causa porque aguardo
que el descendiente genuino
de la prosapia que se odia,
sea bajo mi custodia
de una torre hoy inquilino.
- ELVIRA. ¿Con que si á don Juan se encierra,
sufré que se le encadene
su hermana?
- BELTRAN. Hija, así conviene
á Castilla y á Inglaterra.
- ELVIRA. Y en caso de interesar
á los dos reinos cojer
y encerrar á esa muger,
¿se dejaria pillar?
- BELTRAN. Como amigo y sin enfado,
te diré que una muñeca
bien puede hilar á la rueca,
pero no hilar tan delgado.
- ELVIRA. ¡Libreme el señor San Roque

de tales deudos y hermanas!
(Óyese á lo lejos tocar á rebato.)
 ¡Calle! tocan las campanas
 en la ciudad.

BELTRAN. Ese toque...
 ELVIRA. Es á rebato.
 BELTRAN. Ya infiero
 la causa: está alborotada
 ya Soria.
 ELVIRA. Si hay asonada,
 el futuro prisionero
 no vendrá.
 BELTRAN. No iré á cogerle
 yo.
 ELVIRA. Ni yo lo permitiera.
 Verle prender lo sintiera...
(Aparte.) Pero mucho mas no verle.

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ. ALFONSA.—DON BELTRAN. ELVIRA.

BEATRIZ. ¿Oís? ¿oís? ¿Qué alboroto
 es este, señor alcaide?
 BELTRAN. El préstamo voluntario,
 sin duda.
 ELVIRA. Decidme, padre,
 si es voluntario ¿por qué
 la gente ha de alborotarse?
 BELTRAN. Es voluntario el pedirlo;
 pagarlo es inevitable.
 Repetir quiero á mi tropa
 las órdenes dadas antes. *(Vase.)*

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ. ELVIRA. ALFONSA.

ALFONSA. *(Asomándose á la ventana.)*
 Mirad, mirad.
 ELVIRA. ¿Cuántos vienen

- al castillo á refugiarse!
(Llegándose á la ventana tambien.)
- ALFONSA. Son judíos de la Aljama.
 BEATRIZ. Gente opulenta.
 ELVIRA. Y cobarde.
 BEATRIZ. Dos motivos de temer.
 Inspiracion de algun ángel
 fue el venirnos al castillo.
 ELVIRA. Sí, señora; en todo trance
 estamos seguras.
 BEATRIZ. ¡Ay!
 ¿Y tu maestro?
 ELVIRA. ¡Qué diantre!
 Y es verdad. Estaré inquieta
 mientras que Mendarias falte...
 y don Juan.
 BEATRIZ. Don Juan aquí
 está.
 ELVIRA. Si son tres los Juanes.
 Juan el de casa, otro Juan
 que entra en esta, y el que sale.
 BEATRIZ. No entiendo...

ESCENA V.

DON BELTRAN.—DICHAS.

- BELTRAN. No hay que temer
 por ahora.
 BEATRIZ. ¿No se sabe
 de Mendo?
 BELTRAN. Pronto estará
 aquí: con los capellanes
 nadie se mete.

ESCENA VI.

MENDARIAS. MELITONA, *detrás* D. JUAN.—DICHOS.

- MENDO. Señores...
 BELTRAN. ¿Veis?
 MELITONA. ¡Ah! *(Dejándose caer en una silla.)*

JUAN.

¿Puedo presentarme?

(A don Beltran desde la puerta.)

BELTRAN.

Hombre, sí: luego que digo
yo dos ó tres sequedades,
tan amigos como siempre.

MELITONA.

¡Ay! ¡ay! ¡qué miedo tan grande!
Nunca he llorado con menos
esfuerzo.

BELTRAN.

¿Qué novedades
hay en Soria?

MENDO.

Poca cosa
es: gritos descomunales,
carreras, pedradas, muchas
lanzas y espadas al aire,
ocho ó diez vecinos muertos...

BEATRIZ, ELVIRA Y ALFONSA. ¡Muertos!

MENDO.

Unas casas que arden,
otras que se han de arrasar,
órden de fortificarse
otras; en fin, todo es una
miseria que nada vale.

JUAN.

¿Tan poca importancia das
á tales atrocidades?

BEATRIZ.

En efecto...

MELITONA.

¡Ay Jesus mio! *(Sollozando.)*

ELVIRA.

Me pongo esta vez de parte
de don Juan: es la primera.

MELITONA.

¡Diez van ya! *(A Alfonso.)*

ALFONSA.

Esos funerales
mas teneis.

ELVIRA.

Y ¿cómo ha sido
que á esos infelices maten?

MENDO.

Eran los que sostenian
que el préstamo se pagase.

JUAN.

¿Y quiénes eran?

MENDO.

Haedo,
Ruiz, Tello, Artal, los Garayes,
Monroy... en fin, los que estan
libres de todo gravámen,
porque no tienen de donde
una blanca se les saque.

BELTRAN.

Pues ¿y los nobles?

- autor de tan gran dislate?
JUAN. ; A una ciudad hasta ahora
 exenta de cargas casi,
 echarle una....!
- MENDO.** Que rehusan
 pagar las demas ciudades.
- ELVIRA.** Todas, en efecto.
- BEATRIZ.** Y todas
 consiguen que se recaude
 de otro modo.
- MELITONA.** Hablando ahora
 de recaudar, si aprontaste (*A Mendo.*)
 aquellos maravedís,
 segun me has dicho, los traes,
 y te entregaré los....
- MENDO.** ; Tienes (*A don Juan.*)
 aquel dinero?
- JUAN.** Sí.
- MENDO.** Dásele
 á esta muger.
- JUAN.** Tomad.
 (*Da una bolsa á Melitona que vacia el dinero sobre una
 mesa, y lo cuenta.*)
- MELITONA.** ; Vos
 pagais?
- JUAN.** Yo... por el alcaide.
- MELITONA.** ; Mendo es rico? (*Aparte á don Juan.*)
- JUAN.** No.
- MELITONA.** ; Va á serlo?
- JUAN.** Va á ser perpetuo habitante
 del alcázar.
- MELITONA.** ; Eso hay?
- BELTRAN.** Hija,
 puedes de aqui retirarte,
 porque debemos quedarnos
 solos.
- ELVIRA.** Haced que me llamen,
 si viene don Juan.
- BELTRAN.** Ya estoy.
 (*Vanse Elvira y Alfonsa.*)
- MENDO.** Yo no trato de quedarme
 tampoco.

BELTRAN.

Sí tal.

JUAN.

Sí.

MENDO.

Tú

que las nuevas deseaste,
 óyelas y goza en ellas;
 noticias desagradables
 como las que espero yo,
 recíbalas lo mas tarde
 posible. Ahí va eso.

(*Deja un envoltorio sobre una mesa.*)

BELTRAN.

Bien,

de todo os daremos parte
 despues.

VOCES.

(*Dentro.*) ¡Arma, arma!

BELTRAN.

¡Demonio!

DENTRO.

(*Muy lejos.*) ¡Vivan nuestras libertades!

BELTRAN.

¿Qué es esto?

DENTRO.

(*Mas cerca.*) ¡Viva el rey!

BELTRAN.

(*A una ventana.*) ¡Firmes!—

Tratan de dar un ataque
 los sorianos al castillo;

yo mando en él: dispensadme.

Vos, señora, y vos, don Juan,
 mirad eso, y Dios os guarde.

MENDO.

Yo os sigo; y si hay cuchilladas,
 ya vereis; con qué donaire
 sacudo! (*Vanse don Beltran y Mendarias.*)

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ. DON JUAN. MELITONA.

MELITONA.

¿Con que á los dos
 se me remite?

JUAN.

Sí: dame

los testimonios. Sentaos. (*Siéntanse todos.*)

BEATRIZ.

¿Qué cosa va á averiguarse?

JUAN.

Los padres de Mendo, y míos
 quizá.

BEATRIZ.

Es muy interesante.

JUAN.

(*Aparte.*) En verdad que el corazon
 ya fuertemente me late.

MELITONA. Tomad.

(*Desenvuelve un pañuelo, y saca de él un pergamino, un relicario, un rollo de tiras de lienzo, unas cuentas azules, etc.*)

JUAN. Venga: un relicario cerrado. ¿Cómo se abre esto?

BEATRIZ. Ya probaré yo luego.

JUAN. Unas cuentas de jaspe azul.— Compañeras de estas.

(*Tomando otras del envoltorio que dejó Mendarias.*)

BEATRIZ. Unas tiras de pañales.

MELITONA. Unos de lienzo muy rico; mas los otros...

JUAN. Una clave.
Esto es lo que importa mas.
Por ella ha de descifrarse
el escrito que ha dejado.
el bachiller.

BEATRIZ. Confrontarle.

(*Don Juan pone la clave, que es un pergamino calado, sobre otro pergamino ó papel que trajo Mendarias.*)

¿Sacas algo en limpio?

JUAN. Sí.

Cosas muy particulares.

(*Aparte.*) Don Beltran nada me ha dicho del motivo de encerrarle....

¿Si será....?

BEATRIZ. Lee, por Dios.

JUAN. (*Aparte.*) ¿Vendremos á ser rivales?

MELITONA. Leed.

JUAN. (*Lee.*) En el nombre de Dios. Amen. Sepan cuantos esta carta vieren, como yo don Pedro, por la gracia de Dios, rey de Castilla &c.

BEATRIZ. ¿Es el rey don Pedro....?

JUAN. Sí señora, el otorgante.

(*Lee.*) Por mi alma salvar é desembargarme á fuer de caballero, declaro de haber conocido á una doncella sin decilla mi nombre, á la cual ansimesmo voto jurado fice de callar el suyo.

BEATRIZ. ¿Otra desdichada, víctima

- de los caprichos reales!
- JUAN. (*Lee.*) E porque la dicha dama, que agora va á ser casada en Soria, si algun dia le pluguie-re, haya razon é manera donde conoscer el fijo que ella puso en mi poder para que fués criado, digo que á una legua de la mi cibdad de Sevilla....
- BEATRIZ. De Sevilla....
- JUAN. (*Lee.*) Puse en su cuello por mi mano un dia de San Juan....
- BEATRIZ. ; De San Juan!
- JUAN. (*Lee.*) Una joya de oro de preciada labor é de finos balajes...
- BEATRIZ. ; Una joya de balajes!
- JUAN. (*Lee.*) Con una cifra como la que he fecho entallar por dé dentro en un relicario de cobre, que se abre sutil é disimuladamente de la propia guisa que la joya.
- BEATRIZ. Ese relicario.... venga.
- JUAN. Señora....
- BEATRIZ. Sigue, adelante.
- JUAN. Os indisponéis.
- BEATRIZ. No, no.
- JUAN. Pugnais por abrir....
- BEATRIZ. Dejadme.
- Seguid, leed.
- MELITONA. Sosegaos.
- BEATRIZ. Leed.
- JUAN. (*Aparte.*) Principio á inquietarme.
- (*Lee.*) Este relicario y carta habrá consigo, en se-ñal de su nascimiento, el infante fijo mio é de la dicha dueña, de quien me fice llamar don Alfonso, como mi padre.
- BEATRIZ. ; El es!.... y la cifra es esta;
- (*Abriendo el relicario.*)
sobran las demas señales.
- JUAN. ; Vos.... de don Pedro....!
- BEATRIZ. ; Oh rubor!
- ; Madre de Dios! amparadme. (*Se desmaya.*)
- MELITONA. Señora....—; Socorro!
- JUAN. ; Cielos!
- De Mendarias es la madre.

ESCENA VIII.

ALFONSA.—DICHOS.

MELITONA. Venid, venid.

ALFONSA.

¡Mi señora

desmayada!

JUAN.

Pronto: al aire:

en esa pieza estará
mejor.

MELITONA.

Vamos.

ALFONSA.

Ayudadme.

*(Melitona y Alfonso se llevan á doña Beatriz á un
cuarto de un lado.)*

ESCENA IX.

DON JUAN.

¡Qué descubrimiento! Adios
mis esperanzas y planes.

Es Mendo su hijo; no heredo

á doña Beatriz; va á amarle

Elvira, y yo voy á ser

blanco del comun desaire;

voy á verme abandonado,

escupido, miserable.

Rasgara de buena gana

el escrito... Aunque lo rasgue,

¿qué importa ya? Fuera en vano:

pues todo Beatriz lo sabe.

Concluyamos de leer

estas razones fatales.

¿Dónde es la fecha? En Toledo,

poquitos dias antes

de partir para Montiel.

Adivinaba el desastre

sin duda que le esperaba,

y quiso reconciliarse

con el cielo ese rey mónstruo,

deshonra de cien linages.

¿Cómo sigue?
 (Lee.) Dicho infante mi hijo ha sido dado á criar ansimesmo con otra joya de mediano valor que se guarda en un estuche verde...

Tambien es verde el que al abandonarme me pusieron.

(Lee.) Que tiene labrada en marfil una figura del bienaventurado Ildefonso...

¿Ildefonso!

(Lee.) Y ha sido baptizado con el nombre de don Juan.

¿Don Juan! Un rayo me mate.

¿Don Juan! ¿Luego yo soy hijo

del rey!—¿Será que me engañe? (Lee.)

No: soy hijo de don Pedro.

¿Y he maldecido á mi padre!

Y la que allí de vergüenza

casi sin aliento yace,

¿es quien me tuvo en su seno!

Madre mia, perdonadme.—

Pero si aqui me declaro,

van al punto á encarcelarme:

á un hijo del rey don Pedro

no hay quien de prision le salve.

¿Qué he de hacer?

ESCENA X.

MELITONA.—DON JUAN.

MELITONA. Ya ha vuelto en sí.

JUAN. ¿Gracias á Dios! Voy...

MELITONA. Infante,
 oid.

JUAN. ¿Cómo es eso? ¿Qué?

MELITONA. ¿Os admiráis de que os trate
 como debo?

JUAN. ¿Sabes tú...?

MELITONA. Sé que debeis contemplarme,
 si no quereis que os encierren

para siempre en una cárcel.
 JUAN. ¿Te has quedado con algun
 pergamino?

MELITONA. En esta margen,
 (*La inferior de la clave.*)

¿no veis unas ondas? Prueba
 de que han debido cortarle
 un pedazo.

JUAN. Y tú le guardas.

MELITONA. Le guardaba para un lance.

JUAN. ¿Le has leído?

MELITONA. Yo no sé

leer; pero el personaje
 que me le entregó, me dijo
 las palabras literales —
 escritas allí.

JUAN. ¿Y qué...?

MELITONA. Si uno

las borrara, y en dos frases
 pusiera...

JUAN. Habla bajo. ¿Qué?

MELITONA. ¿No lo adivináis?

JUAN. Declárate.

MELITONA. Que á Mendo y á vos...

JUAN. ¿Un trueque?

MELITONA. Sí.—¿Qué os parece?

JUAN. Admirable.

MELITONA. Huir, no podeis; por una
 de tantas casualidades,
 el castillo está cerrado.

JUAN. ¿Cómo he de recompensarte?

MELITONA. No soy codiciosa yo,
 ni gusto de estos enjuagues;
 pero porque cuando muera,
 me pueda á mi llorar álguien...

JUAN. Acaba.

MELITONA. Dadme quinientos
 maravedís en rescate,
 (de plata se entiende) y uso
 de mis plenas facultades,
 y se os desinfanta.

JUAN. Advierte

que urge escribir al instante
eso.

MELITONA.

Donde presos hay,
como aquí, ¿pensais que falte
algun escribiente diestro
en esas habilidades?
Corre de mi cuenta.

JUAN.

Yo
no tengo suma tan grande
conmigo: pero esta noche
vé á casa.

MELITONA.

Quiero fiarme
de vos esta vez.

JHAN.

Pues corre
á eso.

MELITONA.

Voy.

JUAN.

Y no tardes.

MELITONA.

(*Aparte.*) Él nunca dirá que es hijo
del rey: bien hago en pelarle. (*Vase.*)

JUAN.

Encubramos, por ahora,
el esplendor de mi sangre;
que dia vendrá despues
en que se muestre brillante.
Orgullosa don Beltran,
tiembla ya del que injuriaste:
Elvira será mi esposa,
y tendrás que resignarte
á consentirlo.

ESCENA XI.

DON BELTRAN. MENDARIAS. ELVIRA.—DON JUAN.

MENDO.

Tuvieron
por fuerza que retirarse.

JUAN.

¿ Los amotinados?

MENDO.

Pues.

BELTRAN.

Que ellos alboroten, pase;
razon tienen; mas pensar
que habia yo de entregarles
el fuerte, eso no: primero

sufrir que me despedacen.
 Y mientras tanto don Juan...
 ELVIRA. Le vas á ver.—¿Aclarásteis
 BELTRAN. aquel negocio?
 JUAN. No falta,
 para que todo se aclare,
 sino un escrito que pronto
 vereis... (*Aparte.*) ; Dios mio! ¿quién sabe?

ESCENA XII.

DOÑA BEATRIZ, que sale apoyada en ALFONSA.—DICHOS.

BEATRIZ. (*Hablando con fatiga.*)
 Don Beltran... un caballero
 como vos, que por oficio
 tuviera el bien, el servicio
 del rey don Juan el primero...
 que por la guerra civil
 hubiera visto arrasados
 pueblos, montes y sembrados
 desde el Ebro hasta el Genil;
 que temblara con la idea
 de ver entre furia y duelo
 nuevamente en este suelo
 arder la estinguida tea...
 si supiese de un contrario
 del rey, que blasfema de él,
 y del que murió en Montiel
 fué constante partidario;
 ¿cómo con ese enemigo
 vasallo tan fiel obrara?
 ¿Qué afecto en vos escitara
 esa persona que os digo?
 BELTRAN. Mientras un real mandato
 me dejara algun residuo
 de albedrío, á ese individuo
 le dijera: «mentecato,
 si no quieres dar lugar
 á que te eche la garra,
 cállate, ó vete á Navarra

- ó Aragon á blasfemar.»
BEATRIZ. ¿Y si en su acaloramiento
 vuestro aviso no admitiera?
BELTRAN. Yo el aviso repitiera
 una vez y otra, hasta ciento.
BEATRIZ. ¿Y si á vos la comision
 os dieran de la captura
 de esa persona?
BELTRAN. Ya apura
 mucho la suposicion.
 El propio Amadís de Gaula
 dijera: «ya hice y no poco,
 por vos: ¿disteis en ser loco?
 pues os zampo en una jaula.»
BEATRIZ. Pues bien; yo que no me arredro
 ante el poder que hoy blasona
 real, yo soy la persona
 que fue parcial de don Pedro.
BELTRAN. ¿Vos?
MENDO y ELVIRA. ¿Vos?
BEATRIZ. Yo la que en ardientes
 quejas sin cesar insulta
 á quien en vida sepulta
 á sus deudos inocentes.
JUAN y BELTRAN. Señora...
BEATRIZ. Yo rica fembra,
 con villas fortificadas,
 unida con los Moncadas
 y Haros; yo la que si siembra
 hoy sediciosa semilla,
 puede harto mas al estado
 dañar, que ese desdichado
 mozo, don Juan de Castilla,
 cuya verde juventud
 hoy va en prision á gemir,
 para ya solo salir
 llevado en un atahud;
 yo en fin, la que con sollozo
 triste pido se conceda
 á don Juan, que partir pueda
 conmigo su calabozo.
JUAN. ¿Con vos?

BELTRAN.

¿Por qué?

ELVIRA.

(Aparte.) ¡Ah! ya comienzo

BEATRIZ.

á adivinar el por qué.
Sobrado tiempo callé;
ya mis escrúpulos venzo.

TODOS.

Deje de dama el pudor
quien madre mostrarse debe.

BEATRIZ.

¡Madre!

Sí; y porque la plebe
con su dedo mofador
no me señale, yo elijo
no traspasar el umbral
de este castillo fatal,
que si nó, me roba un hijo.

ELVIRA.

¿Hijo vuestro?

BELTRAN.

¿Vuestro?

MENDO.

¿Quién?

JUAN.

(Aparte.) ¡Qué ansia!

BEATRIZ.

El del rey destronado,

el que hoy será encarcelado,
ese es el mio tambien.

MENDO.

¿Vos madre de don Juan?

BEATRIZ.

Sí,

de don Juan que está presente.

ELVIRA.

¿Con su nombre ó diferente?

MENDO.

¿Aqui está el infante?

ESCENA XIII.

MELITONA.—DICHOS.

MELITONA.

Aqui.

Leed. *(Dando un pergamino á don Beltran.)*

JUAN.

Leed.

(Dándole la clave y el otro pergamino.)

MENDO.

No seais tardo.

BEATRIZ.

¿No le dice una voz fiel
aqui á alguno que es aquel
cuyos abrazos aguardo?

MENDO.

Eh, la voz del corazon
es de las mas engañosas:
á mí me dice mil cosas,

y todo será aprension.

BELTRAN. (*Leyendo.*) Seyendo cercano de mi finamiento yo Lope Arias, conosciado por Aniceto Barragan, declaro de haber confesado al clérigo Celebrun Celebrunez, como he tomado para mí (que non debiera) el cabdal que me dió el rey para la crianza de un su fijo; é atraido por el deseo de mejorar al que hobe yo de mi difunta, cambié de ropas y señas á dambas criaturas para echarlas; é por ende la que llevaba un papel en que decia haberse baptizado con el nombre de don Juan, es mi fijo legítimo Mendo, y la que decia llamarse Mendarias es el verdadero don Juan, fijo del rey don Pedro.

MENDO. ¡Ah! mi pecho no mentia.

BEATRIZ. ¡Hijo querido del alma! (*Se abrazan.*)

JUAN. (*Aparte.*) Me salvé.

MELITONA. Ved cómo empalma un trozo y otro. (*Juntando los de la clave.*)

BELTRAN. García. (*Llamando.*)

ELVIRA. ¡Mi maestro!

BELTRAN. (*Aparte á Elvira.*) La verdad, hija: ¿este don Juan inclina tu amor?

ELVIRA. Dios me le destina;
cúmplase su voluntad...
y sea la vuestra.

(*Sale un soldado con una bandeja cubierta con un tafetan.*)

BELTRAN. Infante
(*De rodillas con la bandeja en las manos.*)

don Juan, en la precision de cumplir mi obligacion (que es hoy harto repugnante), ya que á mi rey satisface, desquitarme con vos quiero, reparando caballero el mal que súbdito os hice. Esto os dá mi soberano:

(*Descubre la bandeja: hay en ella unas prisiones.*)
preso quiere que vivais



- él; yo, si vos me aceptais
por suegro, os doy esta mano.
(Tomando la de su hija.)
- BEATRIZ. ¿Es posible?
- MENDO. ¡Oh dicha!
- JUAN. (Aparte.) ¡Oh rabia!
- MENDO. Vos... (A Elvira.)
- ELVIRA. Segun vos, el deber
filial es obedecer.
- JUAN. ¿Y si el monarca se agravia (Interponiéndose.)
de que sin su vénia...?
- BELTRAN. Espero
que no.
- MENDO. ¡Bah! Por de contado:
un hombre que se ha dejado
atrapar como un cordero,
un infante, sin razon
justa preso, me parece,
señores, que bien merece
alguna indemnizacion.
- BEATRIZ. (Aparte.) Salvarle será mi anhelo.
- MENDO. (Aparte. Quizá me libre mi esposa.)
Señor... madre... Elvira hermosa...
Estoy tan... así... tan lelo
con esto de mi linage...
y lo de aquella bandeja...
(D. Juan tira del brazo á Mendo.)
y con este, que no deja
que uno piense en su noviage,
que lleno de cortedad,
no sé si mi diestra unir...
- ELVIRA. Vaya, os tendré que decir:
¡válgame la Trinidad!
- (Mendarías se arrodilla y besa la mano á Elvira.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

(*Es de noche aun; pero cerca de amanecer.*)

DON BELTRAN. ELVIRA. *Soldados.*

BELTRAN. En su puesto cada cual
con brio, con decision.
Nada importa que tengamos
á ese pueblo gritador
dentro de la cerca, nada;
sois valientes, y ellos no;
la tregua que nos dan, muestra
su falta de corazon.
Marchad.— Si algun preso trata
de huir, muera.

ELVIRA. ;Qué rigor!

Esceptuad por lo menos...

BELTRAN. Para nadie hay escepcion.

Alanceado en el acto:

¡oís?— El embajador

de los rebeldes, que venga:

yo mi seguro le doy.

(*Vanse los soldados.*)

ELVIRA. ;Ay padre! ;qué horrible noche!

BELTRAN. ;Buena ha sido, voto al sol!

Salen don Juan y la vieja

de aquí, reina la mayor

quietud un rato, y de pronto...

- ELVIRA. ¡Qué estruendo! ¡qué confusion!
Esos judíos que dentro
de la muralla exterior
tienen sus casas, habrán
abierto algun boqueron...
- BELTRAN. Tendrá el concejo la traza
por la cual se fabricó
este fuerte, sabrá alguna
facil comunicacion
para poder penetrar
en la Aljama, y la ocupó.
- ELVIRA. Pero si ciegan el foso,
si labran algun ponton...
- BELTRAN. Se abre la puerta, matamos
al que entre, y se concluyó.
Márchate á rezar con doña
Beatriz, y estad sin temor. (*Vase Elvira.*)

ESCENA II.

DON JUAN.—DON BELTRAN.

- BELTRAN. ¿Sois vos el comisionado?
- JUAN. Señor don Beltran, yo soy.
Me han supuesto amigo vuestro...
- BELTRAN. ¡Absurda suposicion!
¿Y qué quiere la ciudad?
- JUAN. Cosa que sin deshonor
podeis otorgar. El pliego
vuestro al rey, se interceptó.
- BELTRAN. Dudo...
- JUAN. Vedle. ¿Os quedará
duda?
- BELTRAN. Ya ni la menor.
Este lo llevaba Frias.
¿Y el que llevaba Muñoz?
- JUAN. Eran los correos...
- BELTRAN. Eran,
por si uno fallaba, dos.
- BELTRAN. No le hace. En este anunciais
al rey que ya se prendió
al hijo del rey don Pedro.

- Un pueblo en agitacion
 pide un gefe ; si libramos
 á don Juan , nos es deudor
 de un beneficio que es fuerza
 comprometa su teson
 á defendernos : es rica
 su madre , él joven precoz
 é infante : aclamarle , pues ,
 caudillo nuestro y señor ,
 ya podeis imaginar
 lo bien que nos pareció.
- BELTRAN. Mas yo tengo aqui el objeto
 de vuestra proclamacion.
- JUAN. Para que nos le entregueis ,
 me envian de mediador :
 saldreis asi del castillo
 con toda la guarnicion
 libre y...
- BELTRAN. ¿ Antes de vencer
 hablais como vencedor ?
- JUAN. El castillo va á ser nuestro.
- BELTRAN. Pues es una indiscrecion
 que me pidais á don Juan ,
 pudiendo cogerle vos.
- JUAN. ¿ Rehusais... ?
- BELTRAN. ¿ Que si rehuso ?
 Por ventura ¿ os ocurrió
 que accediera ?
- JUAN. Escuchad.
- BELTRAN. ¿ Qué ?
- ¿ Otra idea ?
- JUAN. Otra mejor.
 Vos , si quereis defenderos ,
 morireis sin remision.
 Vuestros soldados son pocos :
 un trabuco se aprestó
 frente á la puerta , y al punto
 que á su impulso arrollador
 caiga , entramos ; y de preso
 ó muerto no escapais.
- BELTRAN. ¡ Oh !
 eso está por ver.

JUAN.

¿Quereis

conservar la posesion
del bachiller y el castillo,
y hacer al rey un favor?

BELTRAN.

Sí quiero.

JUAN.

Decid en estos
momentos de suspension
á los sorianos que el hijo
del rey don Pedro soy yo.

BELTRAN.

¿Vos? ¡Una impostura á mí!

JUAN.

No seréis tan impostor.—
Enseñadles el escrito
del rey, sin la aclaracion
de Arias; no sabiendo el cambio
que con los niños se obró,
me tendrán por el infante,
me aclamarán; yo al feroz
ímpetu del pueblo haré
tomar otra direccion,
y que el armisticio dure
hasta que un posta veloz
avise al rey, os socorran,
y acabe la sedicion.

BELTRAN.

¿Y en espera de qué paga
os echais á redentor?

JUAN.

Señor don Beltran, Elvira
ha de ser mi galardón.

BELTRAN.

¿Por ella...?

JUAN.

Solo por ella
me puse á alborotador.

BELTRAN.

Don Juan Mendo Barragán,
quien antes os la negó,
dice ahora que si haceis
otra demanda ulterior,
sin respetar el seguro
va á tiraros de un balcon.

JUAN.

Mas calma, si no quereis
hacer ese viage vos.

BELTRAN.

¡Oiga! ¿De dónde esos humos...?

JUAN.

De mi... de mi posicion.—

¿Me negais á Elvira?

BELTRAN.

Sí.

Ya á don Juan palabra dió.
 JUAN. ¿Y si fuera yo don Juan...?
 BELTRAN. ¡Ridícula pretension!
 JUAN. ¿Qué me dijerais?
 BELTRAN. Dijera:

venid á ser defensor
 del castillo, quedad preso
 despues, ganad el amor
 de Elvira, y con ella os caso.
 JUAN. Vuestra muerte decidí
 esa respuesta quizá,
 Don Beltran: sangre y horror
 sembraré en este castillo;
 pronto á mi disposicion
 Elvira, sin padre, y lejos
 del esposo que eligió,
 tendrá por ventura grande
 hallar en mí un protector.

BELTRAN. ¡Protector suyo..! ¡Mendarias!
 vos cobarde ó baladron,
 me irritais siempre. Idos fuera.

JUAN. Un choque esterminador
 va á empezar: doña Beatriz,
 que de madre me sirvió,
 se halla aqui; sepa yo de ella
 si prefiere esta mansion
 á la suya en la ciudad.

BELTRAN. Alfonsa. (*Llamando.*)
 JUAN. (*Aparte.*) Crimen atroz
 fuera dejar á mi madre
 aquí.

ESCENA III.

ALFONSA.—DICHOS.

ALFONSA. ¿Sois vos quien llamó?
 BELTRAN. Sí. Doña Beatriz, que venga. (*Vase Alfonsa.*)
 Muy breve conversacion
 os permito. Beatriz creo
 se quedará.
 JUAN. Tal vez no.

BELTRAN.

Donde está su hijo...

JUAN.

Es probable
que ceda á mi persuasion.*(Vase don Beltran.)*

ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ.—DON JUAN.

JUAN.

Señora, rápidos huyen
los instantes que os dedico:
á don Beltran significo
los riesgos que le circuyen,
y nada en su ánimo influyen:
su orgullo le va á perder:
seguidme para no ver
la lid que se va á trabar,
en que el hierro popular
sangre á rios va á verter.

BEATRIZ.

¿Van á entrar á sangre y fuego
los bárbaros sitiadores?
Desvanece mis temores:
dime la verdad, te ruego.
Cuando á ver un hijo llego,
¿debo temblar por su vida?
El, yo, esposa, padre, unida
tenemos todos la nuestra;
y herido uno en la palestra,
sentiremos tres la herida.

JUAN.

Salvar á todos pretendo;
mas ya recelo y desmayo:
don Beltran provoca el rayo
que le amenaza tremendo:
quiere morir combatiendo
con inútil vanagloria;
opone á su hueste Soria
por cada espada cuarenta:
bien poca duda presenta
de quién será la victoria.

BEATRIZ.

Yo no me puedo apartar
del hijo que al fin recobro.
¡Dios mio! en el mundo sobro;

llévame tú en su lugar.

No pudo menos de armar

Beltran su diestra briosa;

quiere lidiar por su esposa;

¿le perderé por valiente?

¿No respetará esa gente

su real sangre generosa?

JUAN.

Para hacerse respetar,

esté preso y no combata;

pero lidiando, se trata

de morir ó de matar.

Eso es querer arriesgar

su vida, sin proteger

la vuestra; ese proceder

os debe hacer inferir

que el que os espone á morir,

de vos no pudo nacer.

Un hijo á quien en verdad

el nombre de tal le cuadre,

debe alejar á su madre

de un sitio de mortandad.

Por eso de la ciudad

aquí vengo á ver si humilla

su teson quien acaudilla

esas lanzas mercenarias.

No es hijo vuestro Mendarias:

yo soy don Juan de Castilla.

BEATRIZ.

Vano es quererme engañar

con tan grosero artificio;

que ya la causa malicio,

y es fácil de adivinar:

tú me quieres heredar;

tú, que fuiste mi verdugo

desde que al cielo le plugo

que supieras mi deslíz,

con ese cuento infeliz

quieres volverme á tu yugo.

Nunca te abandonaré:

mi esposo te protegió;

á mí te recomendó;

yo su encargo cumpliré.

Pero ¿pretender que dé

mi maternal afición
 á quien en toda ocasion
 debí dureza y desdenes?
 Jamás: usurpa mis bienes,
 déjame mi corazon.
 No pido que traigas pruebas
 de tan villana impostura:
 prueba es contra tí segura
 conocer el fin que llevas:
 admiro, sí, que te atrevas
 á venir con esa traza
 que mi seno despedaza,
 cuando há tanto que estás viendo
 cómo ha latido por Mendo,
 y cómo á tí te rechaza.

¡Hijo de mi seno hidalgo!

¡Hijo tú de sangre régia!

Quien la tiene tan egregia,
 siempre lo revela en algo.

Ni del tronco de que salgo,
 ni del real eres rama.

¿En qué muestras tú la llama
 que al pecho noble hace hervir?

JUAN.

¿No es noble saber sufrir
 una acusacion que infama?

La vieja y yo supusimos,
 por no quererme dejar
 para siempre encarcelar,
 que el día que espuestos fuimos
 yo y Mendo, un trueque sufrimos,
 que no se verificó.

Mano comprada escribió
 las líneas que visto habeis;
 falsas son, y lo sabreis
 del mismo que las trazó.

Sois mi madre: sí; dudad,
 aunque será duda vana;
 pero escuchad á esa anciana,
 descubriréis la verdad.

Oidla, y abandonad
 este asilo mal seguro;
 y creed, aunque tan duro

mi corazón suponeis,
que no vivo hasta que esteis
al otro lado del muro.

BEATRIZ.

No es posible.

JUAN.

Aprovechemos

esta propicia ocasión,
y mientras la rebelión
dure, la fuga tracemos.

Enemigo al rey tenemos;

él por su seguridad

nos persigue; renunciad

al país que me hace guerra,

y busquemos otra tierra

de sosiego y libertad.

VOCES DENT. ; Libertad! ; libertad!

(Ruido de armas.)

BEATRIZ.

; Cielos!

¿Qué oigo?

JUAN.

Rompióse la tregua.

DENTRO.

; Por la ciudad el alcázar!

JUAN.

Dentro del castillo suenan

los que lidian.

BEATRIZ.

La ciudad

ha faltado á su promesa.

ESCENA V.

ELVIRA. — DICHOS.

JUAN.

¿Qué es esto, Elvira?

ELVIRA.

Los presos

han quebrantado las puertas

de los encierros, y ya

desde las torres alientan

á los sorianos que abajo

están, para que acometan.

Mi padre les hace frente;

don Juan con ellos pelea

también; pero ya un tropel

baja por las escaleras

para abrir, y echar el puente.

Id, y haced que se detengan

los sorianos, id.



JUAN.

Seguidme: (*A Elvira.*)
venid vos tambien con ella. (*A Beatriz.*)

ELVIRA.

Pero ¿y don Juan?

JUAN.

Yo os prometo
cuidar de que no padezca
don Juan de Castilla.

DENTRO.

Arriba,
arriba.

JUAN.

Vamos apriesa.

BEATRIZ.

Yo te acompaño.

ELVIRA.

¡Dios mio!
Velad vos en su defensa. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

MELITONA. PRESOS *armados.*

MELITONA.

Señores presos, por Dios,
libértense enhorabuena;
mas no hagan un atropello
con una honrada doncella.

UN PRESO.

Calle.

MELITONA.

No soy del castillo,
señores; vine de fuera:
don Juan consigo me trajo
para...

PRESO.

Entregue cuanto tenga.

MELITONA.

Para servir de testigo
á todo lo que él dijera.—
Deje la manga.

PRESO.

¿Qué tiene
aquí?

MELITONA.

Nada.

PRESO.

A ver si suelta.

MELITONA.

(*Aparte.* ¡Maravedís de mi alma!)
Son medallas.

PRESO.

(Sacándola un bolsillo.) Es moneda.

MELITONA.

Miren que no es mio.

PRESO.

¿Qué
nos importa de quien sea?
Si no es suyo, nada pierde;
si es suyo, tenga paciencia.

(*Vanse los presos.*)

- MELITONA. ¡Los quinientos que me ha dado
en oro don Juan, se llevan!
Oigan, escúchenme por
la Virgen de las Candelas. (*Vase.*)
- DENTRO. ¡Viva don Juan de Castilla!

ESCENA VII.

MENDARIAS y SORIANOS, todos armados.

- MENDO. ¿Qué importa que viva ó muera
para que de mano armada
entreis en la fortaleza?
¿De este modo la ciudad
un armisticio respeta?
- SORIANO 1.^o La fuerza que ya mandaba
el castillo, hizo la entrega:
que se nos dé por los presos,
que don Beltran lo rindiera,
todo es lo mismo: el tomarlo
era cierto: él señorea
la ciudad; ella no puede
hacer una resistencia
temible sin él; y entonces
la corte no conviniera
en revocar el tributo
que á todo el reino subleva.
- SORIANO 2.^o Haciéndonos respetar,
lograremos que se avenga
el rey á un reparto justo,
y la condicion primera
del trato ha de ser que os nombre
marqués de la ciudad nuestra.
- MENDO. ¿Yo vuestro señor?
- TODOS. Sí, sí.
- MENDO. Mil gracias por la fineza.
No puedo...
- ALGUNOS. Aceptad.
- MENDO. No debo...
- SORIANO 1.^o Cuando Soria lo desea...
- MENDO. Ni soy...

- SORIANO 2.^o ¡Oh!
- MENDO. Ni soy capaz de desairar tal oferta.
- TODOS. ¡Vitor!
- MENDO. (*Aparte.* A ver si reduzco á esta gente, de manera que ellos logren lo que quieren, y el rey un favor me deba.) Amigos míos...
- TODOS. Vasallos.
- MENDO. Vasallos amigos, fuerza es sobre la causa pública tener una conferencia.
- TODOS. Sí.
- MENDO. Celebrémosla al punto.
- TODOS. Al punto.
- MENDO. (*A uno.*) Que se suspenda toda hostilidad: no sigan á don Beltran.
- SORIANO 3.^o (*Mirando por una ventana.*) Él se aleja, y se han parado los nuestros.
- MENDO. A mi madre se prevenga que cuide de Elvira.
- SORIANO 3.^o Bien. (*Vase.*)
- MENDO. Sillas.—La sesión comienza.
(*Siéntanse todos.*)
Honrados varones, de Soria vecinos, que al hijo de Pedro señor elegís, que firme rechace consejos dañinos al rey inspirados en mal del país; oidme primero que pública jura recíproca ligué la vuestra y mi fe: sincero mi labio la suerte futura revele del pueblo que yo regiré.
- SORIANO 1.^o Oigamos.
- 2.^o Pues habla con mucho despejo.
- 4.^o Y anuncia mas fondo que importa quizás.
- 1.^o Por mozo de brio le nombra el concejo: con todo, él es dócil, y harásele mas.
- MENDO. Engendro de un padre bizarro y valiente; nacido en aquella lozana region que riega del Bétis la clara corriente,

con alma respiro de bravo leon.
 Criéme abatido soñando grandezas,
 hambriento de goces vedados á mí:
 desquiteme ahora, nadando en riquezas,

del tiempo azaroso que pobre vivi.
 De sedas y de oro se teja mi ropa,
 soberbios palacios albergue me den,
 gentiles donceles me sirvân la çopa,
 y hermosas me ciñan de flores la sien.

SOR. 4.^o Palacios nos pide.

(*Aparte á los que estan á su lado.*)

MENDO. Mas no se presume
 que pueda el regalo mi aliento menguar:
 tendido en el lecho de mórbida pluma,
 proyectos de guerra sabré meditar.

Hermanos me quedan que gimen en grillos:
 yo juro salvarlos; mi estado armaré:
 vasallos que saben entrar en castillos,
 pondrán como en este, en otros el pie.

SOR. 1.^o Señor, ¿puede Sorja lidiar con un reino?

2.^o El juicio ha perdido.

1.^o ¡Qué temeridad!

4.^o Señor, soy un hombre que canas ya peino:
 mostraros quisiera...

MENDO. Buen viejo, callad.

Si el título de ayo alguno se arroga,
 y tiene el capricho de darme leccion,
 recele que al cuello le ciña una soga
 un dia la mano del rudo sayon.

ALGUNOS. ¡Ay! ¡qué humos!

(*Murmullo general.*)

MENDO. ¿Qué es eso?

SOR. 4.^o Yo digo que á un tigre,
 á un mónstruo, rehuso mi voto prestar. (*Vasc.*)

MENDO. Si Dios no le inspira que calle y emigre,
 del mónstruo le juro que se ha de acordar.—

(*Murmullos.*)

Mi arenga no agrada, y yo no adivino
 por qué mis razones disgustan así:

quien no esté contento, que siga el camino
 del buen ciudadano que parte de aquí.

¿Por qué he de ofreceros como un S. Fernando

ser pio, y prudente como un Salomon,
si en mí sus pasiones está renovando
el rey de Castilla que fué su Neron?

SOR. 2.^o Infama á su padre.

MENDO. Traed á mis arcas
tesoros; yo quiero la pompa oriental:
figúrese el nieto de tantos monarcas,
envuelto en placeres, un reino ideal.

SOR. 1.^o Sereis un perdido.

2.^o Sereis un tirano.

MENDO. ¿Y qué se promete el pueblo infeliz
que tiembla de un yugo que amaga lejano,
y quiere con otro cargar su cerviz?

Si el rey os desangra con recios tributos,
con un nuevo dueño, ¿saldreis del afán?

De vuestra fatiga los míseros frutos
por dos devorados entonces serán.

SOR. 2.^o Mirad, pues en eso razon tiene, y grande.

MENDO. Pondránse de acuerdo monarca y señor,
y el rey sobre Soria tendrá, en quien la mande,
de leyes é impuestos un ejecutor.

No es fácil de un brazo que está siempre encima,
cual de otro distante, el golpe evitar.

SOR. 2.^o El nombre de un dueño me pone ya grima;
peró esta asonada ¿cómo ha de acabar?

1.^o Declare el infante con toda franqueza
respecto á nosotros cuál es su sentir;
que no se ha fingido tan mala cabeza,
si no es para hacernos á un punto venir.

TODOS. Que diga, que diga.

MENDO. ¿Quereis de lo hecho
la sola ventaja posible sacar?

SOR. 2.^o Es llano.

1.^o Mirando su bien y provecho,
la plebe y nobleza armóse á la par.

MENDO. Pues bien: el impuesto, en menos cuantía,
con otro reparto al rey ofreced.

TODOS. El tercio.

MENDO. Corriente. Si á mí se me envia
en esta embajada, tendrélo á merced;
pero he de ir con otro, persona pudiente.

SOR. 1.^o Sí, vaya el infante y lleve la voz.

- MENDO. Bien que es la corte mi riesgo eminente,
me arrojó al peligro de hoz y de coz.
Diré al rey, haciendo la salva rendido
con una protesta de eterna lealtad,
que aquellos que han muerto, la culpa han tenido
de haberse alterado ayer la ciudad.
- SOR. 1.^o Y solo á tal punto su empeño nos trajo.
- MENDO. Al fin era gente de poco valor,
y es regla que debe, quien queda debajo,
de todo lo malo pasar por autor.
En tanto que pinto al rey apagada
aquí la centella de lucha civil,
la villa á la sorda mantiénese armada,
sin cosa que lleve asomo de hostil.
La corte comprende cuál es el partido
que á todos liberta de un recio vaiven;
acepta el dinero que se ha recogido,
y en punto á los muertos, *requiescant, amen.*
Los pliegos se cruzan, el hecho se abona,
se dan al rey vivas, hay fiesta y sermon,
renuévase el lazo de pueblo y corona,
y dura la calma... hasta otra ocasion.
- SOR. 1.^o Sí, sí, que se abracen tan cuerdos consejos.
- TODOS. Tal es mi dictamen.
- SOR. 2.^o Mil gracias se os dan.
- 1.^o Honor á este jóven que enseña á los viejos.
- 2.^o Que viva el infante.
- TODOS. Que viva don Juan.

ESCENA VIII.

DON JUAN.—DICHOS.

- JUAN. Huyó el alcaide: los árboles
de la convecina selva
nos le han ocultado. Tiempo
es ya de que se proceda
á la eleccion...
- MENDO. Otra cosa
tiene la ciudad resuelta.
- JUAN. ¿Cómo?
- MENDO. No quiere encargar
á nadie que la proteja.

- SOR. 2.^o Le sale caro.
 1.^o Y ha visto
 que sabe hacerlo bien ella.
 JUAN. Con que mi proposicion...
 SOR. 1.^o Se ha pensado...
 2.^o Y se desecha.
 MENDO. Retiraos á elegir
 el que ha de ser mi colega.
(Vanse los sorianos.)

ESCENA IX.

MENDARIAS. DON JUAN.

- JUAN. ¿Qué gente de gravedad
 es esta, cuyos afectos
 cambian con tal veleidat?
- MENDO. Amigo, son los efectos
 de mi popularidad.
 Yo su bien les demostré,
 y me nombran su emisario:
 cuando hable al rey, probaré
 que le servi, y en salario
 mi libertad pediré.
- JUAN. ¿Tú servirle? Me da risa
 que esa esperanza te halague.
- MENDO. Doyle una ciudad sumisa,
 y de rebelde y remisa
 en pagar, hago que pague;
 luego con mi peticion
 no de lo justo me alejo,
 que no es grande galardón.
- JUAN. ¿Sabes tú que ese manejo
 tiene un viso de traicion?
- MENDO. ¿Traicion?
- JUAN. Cabal. ¿No comprendes
 que te perdiera, á contarlo?
- MENDO. Bien sé yo que no me vendes;
 darme un sustillo pretendes;
 y callar despues de darlo.
 Todo es, á lo que colijo,
 envidia al que te robó
 dama y nombre; pero yo

- ¿qué culpa tengo en ser hijo
del padre que me engendró?
JUAN. ¿Sabes quién el sér te ha dado?
MENDO. Saber... el interesado
siempre de saberlo dista:
yo no puedo ser citado
como testigo de vista.
JUAN. Pues hoy, señor capellan,
que reconozcais confio
por padre al buen perillan
Aniceto Barragan.
MENDO. ¿Y don Pedro?
JUAN. Ha sido el mio.
MENDO. ¿Y el trueque?
JUAN. Frases escritas
de mi órden hacen el trueque:
prueba hay, si la solicitas.
MENDO. ¡Me das padre y me le quitas
cual si fuera un zarambeque!
JUAN. Inmenso caudal disfruto,
y siempre fué mi intencion
pagar la sustitucion.
MENDO. ¡Ser preso yo sustituto!
¡yo infante de quita y pon!
JUAN. Si erré, ya ves que deshago
la equivocacion á tiempo.
MENDO. Tú nunca das golpe en vago;
hablas porque no hay amago
para tí de contratiempo.
JUAN. Pronto oirás por una cruz
á Melitona jurar
que es tu padre el andaluz
Arias.
MENDO. Ello ha de quedar
tan claro como la luz.
JUAN. Ya mandé con eficacia
llamar á la vieja, y pienso
que la duda mas reacia
disipe.
MENDO. Estoy bien propenso
á creer una desgracia;
y aunque saber me disguste
la nueva desagradable,

siendo intriga que se entable
por tí, siendo algun embuste,
me parece muy probable.
¡Luz clara en esta contienda
pedí!—Una prueba especiosa
que tu infantazgo defienda,
me hará cederte prebenda
tan poco benefícosa,
y hasta el mismo nombramiento
que á los sorianos licurgos
he debido hace un momento,
que fué el de llevar en Burgos
la voz del ayuntamiento.
Quizá allí tu suerte fijen
méritos míos que cobras:
mis conatos se dirigen
desde hoy á realzar mi origen,
y á renacer en mis obras.
Quedo sin madre, y lo siento;
pero la mia, aunque humilde,
celebró su casamiento:
si pierdo un gran nacimiento,
gano otro limpio de tilde.
Con ésto y con la esperanza
que concibo de medrar
en la guerra por mi lanza,
soportaré la mudanza
que va mi suerte á cambiar.
Conducir á Elvira quiero
á su padre antes que irradie
el sol, y diré sincero
que ya no soy caballero,
que soy un cualquiera, un nadie,
que no merece aspirar
á la ventura de unirse
con Elvira en el altar;
mas porque el lazo al partirse
no le haya de avergonzar,
sabré buscar entre infieles
de honor abundante mies,
que fatigando corceles,
en preseas y laureles
iré enviando á sus pies;

- y todo sin otro fin
 que el de adquirir nombradía,
 porque pueda el serafin
 que la dicha me ofrecia
 con su mano de jazmin,
 decir al mas engreido
 un dia con justa ley:
 «á ser Mendo mi marido,
 nadie hubiera conocido
 que no era el hijo de un rey.»
- JUAN. Aunque juzgo muy sensata
 esa tu resolucion
 de la partida inmediata,
 reparo en ella una errata
 que merece correccion.
 Está muy bien que te afañes
 por dar á la envidia en ojos
 degollando musulmanes;
 que rico botin les ganes,
 y laureles á manojos;
 pero eso de conducir
 fuera del castillo á Elvira,
 ya lo puedes omitir:
 el que por ella suspira,
 no te lo ha de consentir.
- MENDO. Pues no dudes que saldrá.
- JUAN. Saldrá, no digo que no;
 pero la acompañará
 quien pronto la llamará
 esposa, que seré yo.
- MENDO. Es que te aborrece.
- JUAN. Apelo
 al tiempo: Elvira, en quien brilla
 tanto católico celo,
 sabe que la guarda el cielo
 para don Juan de Castilla.
- MENDO. Es que el padre, aunque es tu cepa
 real, te tiene aversion.
- JUAN. Es que hoy, sin mas dilacion,
 antes que nadie lo sepa,
 me voy con ella á Aragon.
- MENDO. Si ella consiente en el viaje...
- JUAN. Basta que yo lo disponga.

- MENDO. ¿Y si hay álguien que se oponga?
- JUAN. No sé yo ese personaje
de qué modo se componga.
- MENDO. Hará presente el derecho
que dá una boda ajustada,
y hablará á la interesada.
- JUAN. Ese plan está deshecho :
su puerta queda cerrada.
- MENDO. ¿La tienes tú prisionera?
- JUAN. No, mas tengo prevenida
gente allí de poca espera ,
(Señalando al foro.)
que te enseñe la salida
si tardas en irte fuera.
- MENDO. Necesitaba mas arte
hombre que á tanto se arroja.
¿Cómo has podido olvidarte
de que abre paso la hoja
que tengo en el talabarte?
- JUAN. Es Mendo buen castellano,
y á una ligera señal
pondrá esa espada leal
á los pies de su rival,
que es hijo de un soberano.
- MENDO. Como aun no ví documento
fehaciente, no es imprudencia
que suspenda mi creencia,
y con todo miramiento
me niegue á tal exigencia.
Libre Elvira ha de elegir
permanecer ó marchar :
si alguno la ha de escoltar,
háselo él de suplicar,
y ella lo ha de decidir.
- JUAN. Te aviso que á vueltas ando
con el recuerdo importuno
de que he sufrido callando
sonrojos, que estoy ansiando
vengarlos hoy en alguno.
- MENDO. Y yo debo de avisarte
que si por incuria ciega
tuve en tus enredos parte,
ya es ocasion de enseñarte

- que conmigo no se juega.
 JUAN. ¡Infeliz! si doy un grito....
 MENDO. Yo soy don Juan todavía
 en Soria.
- JUAN. ¡Criados...!
 MENDO. Chito,
 si entra alguno, antes te quito
 la vida.
- JUAN. ¡Qué alevosía!
 MENDO. Ya que temiste esponerte
 diciendo á todos quién eras,
 pues tuve tu nombre, advierte
 que para que tú le adquirieras,
 á mí me has de dar la muerte.
- JUAN. ¡Yo lidiar...! ¡qué desatino!
 ¡Lidiar con un clerizonte!
 Rece el oficio divino.
 MENDO. ¡Don Juan...!
- JUAN. Apártese.
 MENDO. (*Desenvainando.*) Ponte
 en defensa, ó te asesino.
- JUAN. ¡Villano!
 MENDO. Nadie me afrente:
 la lid servirá de dato
 que la sangre experimente.
 Vamós á ver si te mato
 villana ó bizarramente.
- JUAN. Acata mi dignidad
 primero.
 MENDO. No me arrodillo
 con hierro en mano: lidiad,
 ó salgamos del castillo.
- JUAN. ¡Válgame la Trinidad!
 MENDO. ¿Sabeis...? (*Cáesele la espada.*)
 JUAN. Postraos.
 MENDO. (*Arrodillándose.*) ¡Qué esceso
 de humillacion!
- JUAN. No repara
 nadie, nó temais por eso.
 MENDO. Con esta mano que os beso,
 he de cruzaros la cara.
 (*Bésale la mano, se levanta, y toma y envaina la espada.*)
 Vamos.

ESCENA X.

ELVIRA.—DICHOS.

ELVIRA. (*A Mendo.*) Don Juan, ¿es posible lo que madre me revela?

JUAN. Yo soy don Juan.—Ya observais que el bachiller no lo niega.

ELVIRA. ¿Es verdad?

MENDO. No lo sé ahora: yo lo diré cuando vuelva.

(*Vanse Mendo y don Juan.*)

ESCENA XI.

DOÑA BEATRIZ.—ELVIRA.

BEATRIZ. Don Juan.... Arias....—No me escuchan. Sus miradas centellean.

ELVIRA. ¿A dónde irán? ¿Observaste...?

ELVIRA. Harto observé, pues vi impresa en el rostro de Mendarias de su oprobio la certeza.

BEATRIZ. ¿Habrán tenido razones...?

ELVIRA. ¿Qué importa que las tuvieran? No habéis de eso; habladme solo de lo que dice esa vieja.

Yo no lo puedo creer, hasta que vean la letra los maestros, y declaren si es antigua ó contrahecha recientemente.

BEATRIZ. Muy pronto darán su informe: sosiega tu agitacion.

ELVIRA. ¡Sosegar!
pues ¡qué! vos ¿no estais inquieta?
¡Qué! ¿no vale mas el hijo que perdeis, que ese que os queda?
¿No os habeis ya acostumbrado á su halago que embelesa, á su cariño leal

que el alma nos encadena?

¿No le quereis como yo?

BEATRIZ.

Lo confieso con vergüenza:

temblando estoy de que vayan

á reñir una pendencia,

y no me atrevo á decir

por quién mis entrañas tiemblan.

ELVIRA.

Madre mia, ya lo veis,

he quedado sola, huérfana;

don Juan querrá ser mi esposo;

á Mendo su baja esfera

le separa de mí; vos

porque á don Juan no le prendan,

vais á Aragon: yo no.

BEATRIZ.

Pero,

hija querida, contempla

que en medio de una ciudad

sublevada, estás espuesta.

ELVIRA.

No: dejadme en un convento

aquí, porque estoy resuelta,

si no puede ser Mendarias

mi esposo, que Dios lo sea.

BEATRIZ.

¿Eso resuelves?

ELVIRA.

Sí, madre,

y ha de ser con diligencia

y secreto, no se oponga

don Juan. Si ahora estuviera

ocupado, era ocasion....

BEATRIZ.

Probemos.

ELVIRA.

Vamos.

(Llegan á la puerta, y se presenta un criado.)

CRIADO.

Se os veda

salir.

ELVIRA.

¿Qué oigo!

BEATRIZ.

¿Quién lo manda?

CRIADO.!

Lo manda don Juan. *(Retírase.)*

ELVIRA.

¿El? Esta

infamia faltaba solo

para que yo maldijera

su nombre.

BEATRIZ.

¿Qué desafuero!

ELVIRA.

¿Con que es decir que estoy presa?

BEATRIZ.

¡Oh! yo te juro....

ELVIRA.

¿Es decir

que don Juan me considera
como esclava suya , y quiere
llevarme á lejanas tierras ,
para que allí , por la fuga
puesta ya mi fama en lenguas ,
tenga que unirme con él
por no acabar de perderla?

BEATRIZ.

No, no , quedarás aquí.

ESCENA XII.

MENDARIAS.—DICHAS.

MENDO.

(Dentro.) Huid, infame caterva.*(Se ve á dos criados cruzar por el fondo huyendo.)*

BEATRIZ.

¡Cielo! es él.

ELVIRA.

El es.

MENDO.

(Saliendo.) Elvira....

ELVIRA.

Ven.

BEATRIZ.

Esa espada sangrienta....

MENDO.

(Aparte.) ¡Fatal encuentro!

BEATRIZ.

¿De quién

es la sangre que gotea
ese acero?

MENDO.

¡Ah! perdonadme:

los celos , la ira , la afrenta....

Yo , señora , tengo bríos ,
aunque me falte nobleza.

BEATRIZ.

¿Habeis herido á don Juan?

MENDO.

Ya socorriéndole quedan:

no haceis á su lado falta.

BEATRIZ.

¡Ah! corro con mi asistencia

á salvarle. Si él perece ,

¡temblad de mí! *(Vase.)*

ESCENA XIII.

MENDARIAS. ELVIRA.

MENDO.

No se pierda

el tiempo : don Juan queria....

ELVIRA.

Librame de sus violencias;

que ya lo sé: un monasterio
es asilo que respetan
todos; ocúltame en uno
mientras noticias me llegan
de mi padre.

MENDO.

No es temible
ya don Juan.

ELVIRA.

¿Crees que muera?

MENDO.

Odio eterno me juró:
no pienso que me aborrezca
por mucho tiempo.

ESCENA XIV.

MELITONA.— DICHOS.

MELITONA. (*Hablando al salir con personas que estan adentro.*)

Repito

que no doy otra respuesta.—
Elvirita, libértadme
de esos maestros de escuela.

MENDO.

¿Quiénes?

ELVIRA.

Son los que hemos hecho
avisar para que vean
la declaracion del cambio.

MENDO.

¡Oh! yo tambien he de verla.

ELVIRA.

¿Y qué dicen?

MELITONA.

Que no pueden
creer que es cosa supuesta:
que les presente yo el preso
que la escribió.

MENDO.

(*Aparte.*) ¡Qué sospecha!
Es preciso.—Se le manda
escribir.

ELVIRA.

Pues.

MENDO.

Se coteja
la letra...

MELITONA.

Huyeron los presos,
señor: ¿cómo se le encuentra?

MENDO.

Nombradle, y se le hallará,
mas que le esconda la tierra.

ELVIRA.

Nombradle.

MELITONA.

Yo necesito

que don Juan me dé licencia.

MENDO.

Que le nombreis digo, ó juro....

MELITONA.

A mí no se me amedrenta

con voces: yo solo temo

á quien debo.

ESCENA XV.

DOÑA BEATRIZ.—DICHOS.

BEATRIZ.

¿Quién me venga?

¿Quién me consuela? Don Juan
ha muerto.

ELVIRA.

¡Cielos!

MELITONA.

¿De veras?

MENDO.

Señora, yo...

BEATRIZ.

Aparta. ¿Sabes

el dolor que experimenta
una madre, que despues
de tantos años que lleva
sin conocer á su hijo,
le halla, y se le matan? Diera
mis tesoros por verter
toda tu sangre.

MENDO.

Vertedla,

señora: vedme postrado...

ELVIRA.

Perdon...

MELITONA.

¡Jesus! ¿quién tal piensa?

¿Somos hereges ó moros
aquí? Mirad, si estais cierta,
bien cierta, de que don Juan
murió, y murió de manera
que no resucite, entonces...
asignadme alguna renta
corta... lo que os pueda al año
costar una camarera...
y os aconsejaré...

BEATRIZ.

¿Qué?

MENDO.

Decid.

MELITONA.

Que no compreis tela
para el luto, pues el pliego
que los peritos observan,

aseguran que no es
escrito de ayer, y aciertan.

BEATRIZ y ELVIRA. ¡Ah!

MENDO. Pues...

MELITONA. Juran que está escrito
en el año de la fecha.

MENDO. ¿No es fingido?

MELITONA. No señor.

MENDO. ¿Alguna tramoya nueva
de don Juan?

MELITONA. Esta fue mia:
lo primero es la conciencia.

MENDO. ¡Infame!

MELITONA. Si me insultais,
la declaracion os cuesta
mas cara.

BEATRIZ. Hablad.

ELVIRA. Ese pliego...

MELITONA. Ayer en la faltriguera
lo traje con los demas.
Dejo que los otros lea
don Juan; se cree el infante,
ve de fijo que le encierra
don Beltran, se asusta, ideo
suponer un trueque, acepta;
finjo que voy á buscar
quien el falso escrito estienda,
vuelvo con el verdadero,
lo nuestro y... *requiem aeternam.*

BEATRIZ. ¡Soy madre aun!

ELVIRA. ¡Soy esposa!

MENDO. No era dable que mintiera
mi sangre!

ELVIRA. ¡Bien nos has hecho
(A Melitona.)

padecer.

MELITONA. Harto me pesa.
Yo engañé con la verdad,
no creyendo que quisiera
pasar nunca por infante
el muerto; y me hice la cuenta
de que al fin él me pagaba
muy bien el que le sirviera

mintiendo, y que si servia
(Por Mendo, ó sea D. Juan.)
 al señor, era una pena
 decir la verdad de balde.

ESCENA XVI.

SORIANOS.—DICHOS.

SORIANO 1.^o Venid, venid con presteza,
 don Juan: el alcaide ha vuelto;
 las tropas del rey se acercan.
 2.^o El mismo rey en persona,
 la espada envainada, llega
 proclamando paz á Soria.
 3.^o *(Saliendo.)* Este pliego el rey ordena
 que se os entregue, don Juan.

MENDO. ¿Para mí? rompo la nema.
(Abre y lee el pliego.)

BEATRIZ. ¡Pliego del rey!

Toda tiemblo.

ELVIRA. ¡Qué veo!

MENDO. *(A Beatriz.)* Mirad: se altera.—
 ELVIRA. Don Juan... *(A él.)*

SORIANO 1.^o ¿Qué hacemos?

MENDO. Abrid,

abrid sin temor las puertas
 á don Beltran, pues el rey
 se anticipa á la propuesta
 que íbamos á hacerle.

TODOS. ¡Viva

el rey!

MENDO. Le pidió licencia *(A Elvira.)*
 tu padre para casarnos...

ELVIRA. ¿Y qué?

MENDO. Verás la respuesta.

ESCENA XVII.

DON BELTRAN, SOLDADOS.—DICHOS.

BELTRAN. Paz, señores, paz y olvido.

ELVIRA. ¡Padre!

BELTRAN.

¡Hija! Voto al infierno,
ya te he recobrado.—Yerno,
¿qué haceis?

(Viendo inmóvil á Mendo ó sea don Juan.)

MENDO.

¿Os es conocido

lo que me escribe su alteza?

BELTRAN.

Asunto es para mí oculto;
lo respectivo al tumulto
es lo que conmigo reza.
De la imposicion infausta (*A los sorianos.*)
dad lo que querais, con tal
que entre algo en el arca real,
que está, como siempre, exhausta.
Mas por ser en vilipendio
del rey cualquiera motin,
y mas este en que hubo al fin
sangre, y su poco de incendio,
fuerza es la sabida treta
en estos lances usar,
haciendo algun ejemplar
para salvar la etiqueta;
y asi al que la conmocion
produjo, ó se le supone,
un castigo se le impone,
y es...

MENDO.

¿Cuál?

BELTRAN.

Perpetua prision.

Con que rebuscad en Soria
cualquier viejo sin hogar,
á quien convenga pasar
por víctima espiatoria.

MENDO.

Alto: no hay que recurrir
á tan ruin supercheria:
el tumulto es obra mia;
yo la pena he de sufrir.

BELTRAN.

¿Vos?

ELVIRA.

¿Don Juan?

SORIANO 1.º

No se recibe
la oferta.

2.º

No asentiremos...

MENDO.

Moderad esos extremos:
oid lo que el rey me escribe.
(Lee.) «Un tratado me precisa

á limitar mi bondad:
se os diera la libertad
si os ordenárais de misa.»

BELTRAN.

¡Cómo!

BEATRIZ.

¡Oh Dios!

ELVIRA.

¡Ay de mi amor!

MENDO.

(*Lee.*) «Si casaros pretendéis,
en prisiones vivireis:
ved lo que os está mejor.»

ELVIRA.

No quiero yo tan costosa
prueba...

MENDO.

Al cetro de un imperio
prefiero yo el cautiverio
con mi madre y con mi esposa.

ELVIRA.

¡Mi bien!

BEATRIZ.

¡Hijo!

MENDO.

(*A los sorianos.*) Ya observais
que del motin en descargo
quieren un preso; me cargo
la culpa, y eso ganais.

SORIANOS.

Señor...

MENDO.

Fuera cumplimientos.

BELTRAN.

¡Hundir vuestra juvenil
edad..!

MENDO.

Eh, preso por mil,
preso por mil y quinientos.
Después del feliz hallazgo
que de angustias me redime,
debo con algo sublime
inaugurar mi infantazgo.

BEATRIZ.

¡Hijo!

MENDO.

Quien de esto se asombra,
nunca ha sabido querer;—
y yo debí de nacer
para vivir á la sombra.

ELVIRA, BEATRIZ y BELTRAN. (*Enternecidos.*)

¡Don Juan!

MENDO.

No hay por qué llorar.
Yo soy preso porque quiero
y debo, y en Dios espero
que nunca me ha de pesar.

FIN DEL DRAMA.



Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1346168